

EL DÍA DEL JUICIO FINAL



OSVALDO REBOLLEDA

EL DÍA DEL JUICIO FINAL



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
--------------------------	----------

PARTE I: “La eternidad como marco del Reino”

Capítulo uno:	
La eternidad perdida en la predicación.....	12
Capítulo dos:	
El Reino y la realidad del juicio final.....	20
Capítulo tres:	
El valor eterno de las decisiones.....	28

PARTE II: “Jesús y la doctrina del fin”

Capítulo cuatro:	
Jesús y sus enseñanzas sobre la condenación.....	39
Capítulo cinco:	
El fuego eterno en los evangelios.....	47
Capítulo seis:	
Amenaza o advertencia revelada.....	54

PARTE III: “Escatología, justicia y destino final”

Capítulo siete:	
La progresión del juicio y las Escrituras.....	62
Capítulo ocho:	
El lago de fuego, justicia consumada.....	71

Capítulo nueve:	
Errores de universalismo y aniquilacionismo.....	79

PARTE IV: “La gracia y la urgencia del evangelio”

Capítulo diez:	
La cruz frente al juicio final.....	90
Capítulo once:	
Gracia costosa y arrepentimiento verdadero.....	99
Capítulo doce:	
Predicar el infierno demanda unción.....	109
Capítulo trece:	
La Iglesia que ama advierte del juicio final.....	116
Capítulo catorce:	
Preparando la Iglesia para estar ante el Rey.....	124
Epílogo y oración final.....	131
Reconocimientos.....	138
Sobre el autor.....	140



INTRODUCCIÓN

“Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras.”

Apocalipsis 20:12 y 13

Vivimos en una generación que ha aprendido a hablar de Dios sin temblar, de la fe sin reverencia y del Evangelio sin eternidad. Las palabras “amor”, “gracia” y “bendición” se repiten con frecuencia en los púlpitos y en los discursos cristianos contemporáneos, pero han sido progresivamente separadas de conceptos que la Escritura jamás divorcia: justicia, santidad, juicio y responsabilidad eterna.

En este silenciamiento selectivo no hay inocencia teológica, sino una profunda alteración del mensaje apostólico. Cuando el juicio desaparece de la predicación, la cruz pierde su peso, el arrepentimiento se vuelve superficial y la gracia se transforma en una idea liviana, incapaz de salvar, transformar o perseverar.

La Biblia no comienza ni termina en el bienestar del ser humano, sino en la gloria de Dios. Desde Génesis hasta

Apocalipsis, la revelación divina se desarrolla dentro de un marco eterno, donde cada acto humano tiene significado más allá del tiempo, y donde la historia camina inexorablemente hacia un día fijado por Dios, en el cual Él juzgará al mundo con justicia por medio de Jesucristo (**Hechos 17:31**). Negar, suavizar o desplazar esta verdad no es un gesto de misericordia pastoral, sino una forma de infidelidad doctrinal que priva a la Iglesia de uno de los pilares de su fe.

El juicio final no es una doctrina marginal ni un tema reservado para los extremos del pensamiento cristiano. Es una afirmación central del Evangelio. Jesús mismo, el Hijo eterno de Dios, habló del juicio con una claridad que incomoda a la sensibilidad moderna.

Lo hizo no desde el enojo ni desde el sensacionalismo, sino desde la verdad y el amor más profundos. Él advirtió sobre la Gehena, sobre el fuego eterno, sobre la separación definitiva, sobre el lloro y el crujir de dientes, no para aterrorizar sin esperanza, sino para despertar corazones adormecidos por el engaño del pecado (**Mateo 5:22; 10:28; 25:46**). Callar aquello que Cristo enseñó con tanta solemnidad no es seguir su ejemplo, sino traicionarlo.

La Escritura declara que *“está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”* (**Hebreos 9:27**). Esta afirmación simple, directa y sin matices relativistas desarma toda ilusión de neutralidad espiritual. La vida no es un ensayo, ni una etapa sin consecuencias. Cada decisión, cada rechazo de la verdad,

cada acto de obediencia o rebeldía, tiene un peso eterno. El ser humano no comparecerá ante Dios como víctima de las circunstancias, sino como responsable moral de sus elecciones. El Evangelio no elimina esta responsabilidad; la ilumina y ofrece una salida gloriosa en Cristo.

Sin embargo, en amplios sectores del cristianismo contemporáneo, el juicio ha sido reinterpretado, diluido o directamente negado. Algunas corrientes lo reducen a una metáfora pedagógica; otras lo reemplazan por una esperanza universalista que promete salvación sin arrepentimiento; otras aún sostienen formas de aniquilacionismo que intentan aliviar la incomodidad emocional que produce la idea de la condenación eterna.

Todas estas posturas, aunque revestidas de un lenguaje compasivo, terminan desfigurando el carácter de Dios y vaciando de sentido la obra de la cruz. Si no hay condenación real, ¿de qué nos salva Cristo? Si no hay justicia eterna, ¿qué precio pagó el Hijo de Dios en el Calvario?

La cruz no puede comprenderse sin el juicio. En ella no vemos simplemente un acto de amor sentimental, sino el lugar donde la justicia de Dios fue satisfecha y la misericordia fue ofrecida sin violar la santidad divina. ***“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2 Corintios 5:21).*** Estas palabras no son poéticas ni simbólicas: expresan una realidad legal, profunda y eterna. La condenación que correspondía al pecador cayó sobre

Cristo. El juicio no fue abolido; fue ejecutado en un Sustituto. Allí radica la grandeza del Evangelio.

Este libro nace de la convicción de que la Iglesia necesita recuperar una visión bíblica, equilibrada y cristocéntrica del juicio final. No para producir temor irracional, sino para restaurar el temor del Señor, que es el principio de la sabiduría (**Proverbios 9:10**). No para manipular conciencias, sino para despertar una fe responsable, madura y consciente de la eternidad. No para predicar condenación sin gracia, sino para anunciar una gracia tan gloriosa que solo puede ser comprendida a la luz del juicio del cual nos rescata.

Hablar del infierno no es negar el amor de Dios; es afirmar que ese amor es santo, justo y verdadero. Un amor que no juzga el mal no es amor, sino indiferencia. La Escritura afirma que Dios ***“no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”*** (2 Pedro 3:9), el problema es que nadie lo hace, por eso Dios en Su paciencia divina no elimina el día del ajuste final, sino que lo pospone en misericordia a la vez que alcanza a sus escogidos hasta el último día.

El mismo pasaje advierte que “el día del Señor vendrá como ladrón en la noche”, y que la creación misma será confrontada por la justicia divina. La gracia tiene un tiempo; la eternidad es definitiva. Él no vendrá como ladrón para nosotros que andamos en luz, pero el mundo será sorprendido

por la llegada del gran Rey, que impondrá justicia y que hará que toda rodilla se doble ante Su majestad.

Este libro no pretende agotar el misterio del juicio, ni responder todas las preguntas que el ser humano formula desde su finitud. Pretende, más bien, someter la mente y el corazón a la autoridad de la Palabra de Dios, permitiendo que ella hable con su propia voz, aun cuando incomode, confronte o derribe paradigmas culturales.

La teología bíblica no se construye a partir de lo que resulta emocionalmente aceptable, sino a partir de lo que Dios ha revelado. Y lo que Él ha revelado es que habrá resurrección de justos e injustos, comparecencia ante el trono y un destino eterno irrevocable (**Juan 5:28 y 29; Apocalipsis 20:11 al 15**).

Al mismo tiempo, este libro es profundamente apostólico. No fue escrito para teólogos distantes ni para debates estériles, sino para pastores, líderes y creyentes que aman la verdad y desean vivir con una perspectiva eterna. Predicar el juicio sin lágrimas es crueldad; callarlo por temor es cobardía. Jesús lloró sobre Jerusalén aun cuando anunció su juicio (**Lucas 19:41 al 44**). Ese es el espíritu que debe recuperar la Iglesia: verdad sin diluir y amor sin falsificar.

Cada página de este libro busca conducir al lector no a la desesperación, sino a Cristo. Porque el juicio final no tiene la última palabra; la última palabra es una invitación. ***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré***

descansar” (Mateo 11:28). Pero esa invitación solo tiene sentido cuando comprendemos de qué nos llama a huir y hacia qué Reino nos invita a entrar. La salvación no es escapar de una vida difícil, sino ser librados de la ira venidera por medio del Hijo amado (**1 Tesalonicenses 1:10**).

Que el Espíritu Santo utilice estas páginas para despertar conciencias, afirmar convicciones, purificar la predicación y volver a colocar la eternidad en el centro de la vida cristiana. Que la Iglesia vuelva a vivir, servir y anunciar el Evangelio sabiendo que comparecerá ante el Rey. Y que, al hablar del día del juicio final, no perdamos de vista al Juez que fue herido por nosotros, al Rey que dio su vida para salvar, y al Salvador que aún extiende su mano antes de que la puerta se cierre.

“Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.”

Juan 3:17



PARTE I

“LA ETERNIDAD COMO MARCO DEL REINO”

Capítulo uno

LA ETERNIDAD PERDIDA EN LA PREDICACIÓN

“Pues ya que, en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.”

1 Corintios 1:21

Hubo un tiempo en que la predicación cristiana tenía el peso de la eternidad. Cada sermón, cada exhortación, cada llamado al arrepentimiento estaba impregnado de la certeza de que la vida humana no terminaba en la tumba, y de que cada alma comparecería algún día ante Dios.

Es cierto que a algunos predicadores se les saltaba la térmica y cruzaban peligrosamente la línea de la gracia, expresando acaloradamente un mensaje de absoluta condenación, y es claro que ningún extremo es bueno, porque si o si, el mensaje estará impregnado de una dosis de engaño, y ciertamente no es ahí a donde deseamos terminar.

El evangelio del Reino no se trataba de un mensaje de terror, sino de una conciencia profunda de la realidad eterna,

en la gracia del Nuevo Pacto y en la verdad ineludible de la condición humana. Los creyentes del primer siglo, por causa de las presiones que vivían, servían y perseveraban sabiendo que eran peregrinos, extranjeros en este mundo, llamados a poner la mirada en las cosas de arriba y no en las de la tierra (**Colosenses 3:1 y 2**). Para ellos, la fe no era un recurso con el cual podían mejorar la vida presente, sino que era una respuesta obediente al llamado de un Reino eterno.

Con el paso del tiempo, ese eje comenzó a desplazarse. De manera lenta pero constante, la predicación fue girando desde la eternidad hacia el presente, desde la gloria venidera hacia el bienestar inmediato, desde la santidad hacia la comodidad. La pregunta que dominaba la fe dejó de ser “¿cómo compareceré delante de Dios?” para convertirse en “¿cómo puedo vivir mejor aquí y ahora?”.

Sin que muchos lo advirtieran, la Iglesia empezó a hablar más de éxito que de fidelidad, más de realización personal que de negación del yo, más de bendición temporal que de herencia eterna. El Evangelio no fue negado abiertamente, pero sí reconfigurado en su énfasis, perdiendo así su filo profético y su profundidad escatológica.

La Escritura advierte con claridad sobre este peligro. El apóstol Pablo escribió que vendría tiempo cuando no soportarían la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarían maestros conforme a sus propias concupiscencias (**2 Timoteo 4:3**). Esta advertencia no describe únicamente una herejía doctrinal explícita, sino

también una selección temática interesada: se predica aquello que agrada, que consuela sin confrontar, que promete sin exigir, que afirma sin corregir. La eternidad, con su llamado al arrepentimiento, su anuncio de juicio y su demanda de santidad, comenzó a resultar incómoda para una cultura obsesionada con el presente.

Como predicador de este presente siglo, no menciono esto, pretendiendo volver a las expresiones de siglos anteriores, porque la cultura cambió y la forma de comunicar el evangelio también. No propongo ser ministros de la vieja escuela, como si todo lo de antes hubiese sido mejor. De ninguna manera propongo eso, lo que digo es que debemos conservar el equilibrio y debemos predicar el evangelio del Reino en todo su contexto.

Creo que es válido hablar de la gracia y de los beneficios integrales de una vida de Reino. Incluso estoy a favor de enseñar finanzas en la Iglesia, porque negar que la Biblia nos otorga valiosas enseñanzas al respecto, es un absurdo total. Lo que si considero es que debemos hacer esto, sin dejar de mencionar los acontecimientos escatológicos y la verdad de la condición humana sin Dios.

El desplazamiento de algunas verdades bíblicas, no ocurrió de golpe, ni se produjo por causa de algún vacío. La Iglesia no predica aislada del mundo, sino inmersa en un contexto cultural que exalta la inmediatez, el consumo y la autoafirmación. Vivimos en una sociedad que huye del dolor,

del sacrificio y de cualquier idea que implique rendición o límite moral.

En ese contexto, hablar del juicio final parece una provocación innecesaria, una amenaza al optimismo moderno, una afrenta a la sensibilidad emocional de las personas. Pero el problema no es cultural, sino espiritual: cuando la Iglesia adapta su mensaje para evitar el rechazo, deja de ser sal y luz, y comienza a perder su identidad.

Jesús nunca construyó Su mensaje en torno a la comodidad del oyente. Él habló del Reino de los cielos con autoridad, pero también con advertencia. Llamó al arrepentimiento, habló de la puerta estrecha, del camino angosto y de los pocos que lo hallan (**Mateo 7:13 y 14**). Declaró que muchos le dirían “*Señor, Señor*” y aun así no entrarían en el Reino (**Mateo 7:21 al 23**). Estas palabras no fueron pronunciadas en un contexto hostil, sino en medio de multitudes religiosas. El problema no era la falta de espiritualidad, sino una espiritualidad desconectada de la obediencia y de la perspectiva eterna.

Cuando la eternidad se pierde de la predicación, el pecado deja de ser tratado como una rebelión contra Dios y pasa a verse como una debilidad humana. El arrepentimiento deja de ser una rendición total y se convierte en un ajuste emocional. La santidad deja de ser una vocación y pasa a ser una opción. Y la gracia, separada de la justicia, se transforma en una especie de indulgencia divina que no exige transformación.

Sin embargo, la Escritura es contundente al afirmar que ***“sin santidad nadie verá al Señor”*** (Hebreos 12:14), y que Dios ***“pagará a cada uno conforme a sus obras”*** (Romanos 2:6). Estos pasajes son parte de las cartas apostólicas del Nuevo Pacto. Lo que sucede es que deben ser puestas en el contexto de la gracia que otorga las herramientas necesarias para caminar en la voluntad Divina.

No necesitamos ignorar la existencia de estos pasajes, como si fueran algo imposible de demandar a la generación actual. Lo que debemos hacer es enseñar el evangelio del Reino de manera integral. Sabiendo que las demandas no han disminuido, pero que, en Cristo, Dios nos ha otorgado la capacidad para satisfacer Sus demandas. En la gracia del Nuevo Pacto, no tenemos excusa para caminar en la voluntad de Dios, y no debemos temer diluyendo el mensaje del Reino.

Este vaciamiento de la eternidad que muchos han procurado, ha producido una fe frágil, incapaz de sostenerse en medio de la prueba. Cuando el cristianismo se presenta como una herramienta solo para mejorar la vida presente, inevitablemente genera frustración cuando el sufrimiento llega.

Muchos creyentes se escandalizan ante la adversidad porque nunca fueron preparados para una fe que mira más allá de esta vida. Pablo, en cambio, afirmaba que ***“las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”***

(Romanos 8:18). Esa comparación solo es posible cuando la eternidad ocupa su lugar correcto.

La Iglesia primitiva vivía bajo la conciencia constante de que Cristo volvería y que todos comparecerían ante su tribunal. Esta expectativa no producía parálisis, sino urgencia, pureza y perseverancia. Juan escribió que ***“todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro”*** (1 Juan 3:3). La esperanza escatológica no es evasión del mundo, sino el fundamento de una vida santa en medio de él. Cuando esa esperanza se debilita, la ética cristiana se relativiza y la fe se acomoda a los valores del sistema.

Resulta significativo que Jesús haya advertido que, en los últimos tiempos, el amor de muchos se enfriaría (**Mateo 24:12**). Este enfriamiento no es solo emocional, sino espiritual y doctrinal. Cuando la eternidad deja de ser el horizonte, el corazón pierde urgencia, la oración se vuelve rutinaria y el compromiso se diluye. La Iglesia puede seguir funcionando externamente, pero ha perdido el fuego que nace de vivir a la luz del día final.

En este punto es necesario hacer una pausa honesta para aclarar nuevamente que recuperar la predicación de la eternidad no significa volver a discursos carentes de gracia o cargados de miedo. Significa restaurar el equilibrio bíblico. La Escritura presenta al mismo Dios que ama profundamente y que juzga con justicia. Presenta al mismo Cristo que perdona pecados y que advertirá severamente a quienes

rechazan la verdad. Presenta una salvación gloriosa, pero también una condenación real. Separar estos elementos no es sensibilidad pastoral, sino mutilación del mensaje.

Jesús habló más del juicio que muchos profetas del Antiguo Testamento, y lo hizo porque amaba. Advirtió porque veía más allá del presente. Llamó porque conocía el destino eterno del ser humano. Cuando la Iglesia deja de advertir, deja también de amar de manera plena.

El silencio sobre la eternidad no protege a las personas; las expone al engaño. El profeta Ezequiel recibió una palabra severa cuando Dios le dijo que, si no advertía al impío, su sangre sería demandada de su mano (**Ezequiel 33:6**). Esta responsabilidad sigue vigente desde la perspectiva del Nuevo Hombre. Sin embargo, el posicionamiento de la gracia no debe matar la revelación de nuestra responsabilidad.

La recuperación de la eternidad como marco del Reino no es una reforma estética, sino una reforma espiritual profunda. Implica volver a predicar con la conciencia de que cada sermón puede ser el último que alguien escuche. Implica formar discípulos que vivan con los ojos puestos en el trono de Dios, no en las recompensas temporales. Implica recordar que *“no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir”* (**Hebreos 13:14**). Esta verdad no nos aleja de la responsabilidad terrenal, sino que la redefine.

La Iglesia está llamada a vivir y predicar sabiendo que el tiempo es breve. No en pánico, sino en fidelidad. No en

condenación sin esperanza, sino en gracia con verdad. La eternidad no debe ser un tema ocasional, sino el marco invisible que sostiene todo el mensaje cristiano. Cuando este marco se pierde, el Evangelio se reduce a motivación; cuando se recupera, vuelve a ser poder de Dios para salvación.

Este libro comienza aquí porque toda comprensión correcta del juicio final depende de una cosa fundamental: volver a vivir, pensar y predicar a la luz de la eternidad. Solo entonces la cruz recupera su grandeza, la gracia su profundidad y el llamado del Reino su urgencia. Sin eternidad, el cristianismo se vuelve una religión más. Con eternidad, vuelve a ser el mensaje que transforma vidas y prepara almas para encontrarse con Dios eternamente.

Que podamos comprender que la salvación proviene de Dios (**Salmos 37:39**), que solo su gracia es lo que la activa (**Efesios 2:8 y 9**), no es motivo para dejar de predicar con amplitud el evangelio del Reino. Yo enseño y creo en la soberanía de Dios, sobre Su gracia salvadora, sobre el poder de la obra consumada en Cristo, pero eso no implica relajarnos, poniendo en las manos de Dios aun nuestra suprema responsabilidad.

*“¿Cómo, pues, invocarán a aquel en quien no han creído?
¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo
oirán sin haber quien les predique?”*

Romanos 10:14 LBLA

Capítulo dos

EI REINO Y LA REALIDAD DEL JUICIO FINAL

“Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, con todos sus ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones se reunirán delante de él, y él separará a unos de otros, como separa el pastor las ovejas de las cabras. Pondrá las ovejas a su derecha, y las cabras a su izquierda...”

Mateo 25:31 al 33

Hablar del Reino de Dios sin hablar del juicio es presentar un Reino incompleto, desprovisto de su naturaleza más esencial. En la Escritura, el Reino no es una idea abstracta, ni una experiencia meramente interior, ni un conjunto de valores espirituales aplicables a la vida cotidiana. El Reino es, ante todo, el gobierno soberano de Dios sobre toda la creación.

Donde hay gobierno, hay autoridad; donde hay autoridad, hay ley; y donde hay ley, hay justicia. Por eso, no puede existir Reino sin juicio, ni trono sin rendición de cuentas. Pretender lo contrario es transformar el Reino de

Dios en un concepto simbólico, pero no en una realidad viva y activa.

Desde el inicio de la revelación bíblica, Dios se manifiesta como Rey y como Juez. Abraham lo reconoce cuando declara: “*¿El Juez de toda la tierra no ha de hacer lo que es justo?*” (Génesis 18:25). Esta afirmación no es una amenaza, sino una expresión de confianza. Dios puede gobernar porque es justo; y su justicia no es arbitraria, sino perfecta. En la mentalidad bíblica, el juicio no es un defecto del carácter divino, sino una expresión necesaria de su santidad. Un Dios que no juzga el mal no es bueno, sino indiferente. Un rey que no imparte justicia no gobierna, abdica.

El problema surge cuando el juicio se interpreta únicamente como castigo, y no como la manifestación pública de la justicia del Rey. En la Escritura, juzgar no significa solo condenar, sino establecer lo recto, vindicar lo justo, desenmascarar la mentira y restaurar el orden quebrantado por el pecado.

Los salmos celebran el juicio de Dios como una buena noticia: “*Regocijese el campo... delante de Jehová, porque vino a juzgar la tierra; juzgará al mundo con justicia*” (Salmo 96:12 y 13). Este lenguaje resulta extraño para la sensibilidad moderna, pero revela que el juicio es esperado como un acto de fidelidad del Rey hacia su creación. Es extraño y triste que la Iglesia, viendo tanta injusticia, no espere el juicio con esa hermosa expectativa.

Jesús anunció el Reino de Dios con claridad y autoridad, pero nunca lo separó de la realidad del juicio. Sus parábolas están impregnadas de esta verdad. Habló del trigo y la cizaña que crecerían juntos hasta el tiempo de la siega, cuando el Hijo del Hombre enviaría a sus ángeles para separar lo verdadero de lo falso (**Mateo 13:24 al 30, 36 al 43**). Habló de una red que recoge peces de toda clase, y de una separación final al final de los tiempos.

Habló de siervos que rinden cuentas, de vírgenes prudentes y necias, de talentos evaluados, de ovejas y cabritos colocados delante del Rey entronizado en su gloria (**Mateo 25**). En todas estas enseñanzas, el Reino no es solo una invitación presente, sino una administración futura que culmina en juicio.

El anuncio del Reino sin juicio produce una espiritualidad sin responsabilidad. Cuando se predica que Dios reina, pero no se enseña que Dios juzga, se genera la ilusión de que Su gobierno no tiene consecuencias. Sin embargo, Jesús fue enfático al declarar que el Padre ha dado todo juicio al Hijo (**Juan 5:22**), y que llegará la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán, unos para resurrección de vida y otros para resurrección de condenación (**Juan 5:28 y 29**). Estas palabras no admiten reducciones simbólicas sin violentar el texto. El Reino avanza en la historia, pero será plenamente manifestado cuando el Rey juzgue.

En la predicación moderna, el Reino suele presentarse como una experiencia terapéutica: paz interior, propósito personal, restauración emocional. Todo esto puede ser fruto del gobierno de Dios, pero no es su definición. El Reino no gira en torno al bienestar humano, sino en torno a la gloria de Dios. Cuando el énfasis se invierte, el juicio se vuelve incómodo, porque confronta una fe centrada en el yo.

El Reino verdadero, en cambio, confronta, ordena y exige rendición. Por eso Jesús comenzó su ministerio con una proclamación clara: ***“El tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el Evangelio”*** (Marcos 1:15). El arrepentimiento no es un agregado opcional; es la respuesta necesaria al gobierno del Rey, y como la oscuridad impide que los hombres accedan al arrepentimiento, la Iglesia debe levantarse como la portadora de la luz necesaria.

El juicio, entonces, no es una contradicción del Reino, sino su culminación. El apóstol Pablo afirma que Dios ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por medio del varón a quien designó, dando fe de ello a todos con haberle levantado de los muertos (**Hechos 17:31**). La resurrección de Cristo no solo garantiza la salvación de los creyentes, sino también la certeza del juicio. El mismo Cristo que fue levantado como Salvador será manifestado como Juez. Esta verdad, lejos de disminuir la obra redentora, la completa.

Uno de los mayores errores contemporáneos es contraponer el reinado de Cristo con su juicio, como si uno perteneciera al Nuevo Testamento y el otro al Antiguo. Sin embargo, el Nuevo Testamento es explícito al declarar que Jesucristo es el Rey entronizado a la diestra del Padre, esperando hasta que todos sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies (**Hebreos 10:12 y 13**). Este lenguaje es real, no metafórico. El Reino avanza en medio de un conflicto, y el juicio es el acto final donde ese conflicto se resuelve definitivamente.

La Iglesia está llamada a anunciar este Reino con fidelidad. No un Reino reducido a promesas inmediatas, sino un Reino eterno que exige una respuesta presente. Cuando el juicio desaparece del mensaje, el Reino se convierte en una propuesta opcional. Pero cuando el juicio es restaurado en su marco bíblico, el Evangelio recupera su urgencia.

Pablo decía: *“Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres”* (2 Corintios 5:11). El temor del Señor no paraliza; impulsa a la proclamación fiel y al llamado sincero al arrepentimiento. La intensidad con la que vivamos el evangelio, y las palabras que respalden nuestro compromiso, permitirá saber a muchos, que el Reino es una realidad, y comprenderán que, si hay un Reino debe haber una justicia que lo regule.

Este juicio no es injusto ni caprichoso. Dios juzga con verdad, sin acepción de personas. Recordemos que Pablo escribió: *“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo*

contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó” (Romanos 1:18 al 21). Nadie será juzgado sin evidencia, porque los libros serán abiertos y cada obra será manifestada (Apocalipsis 20:12).

El juicio revela, no inventa. Saca a la luz lo que fue amado, elegido y perseverado en el corazón humano. Por eso Jesús afirmó que la luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz (**Juan 3:19**). El juicio confirma esa elección y nosotros no tenemos la capacidad de saber lo que hay en cada corazón. Solo Dios se ocupa de eso, nuestra tarea es anunciar como embajadores de Cristo, como si Dios hablara por medio de nosotros sobre la reconciliación (**2 Corintios 5:20**).

Comprender el juicio como atributo inseparable del Rey transforma la vida cristiana. Nos recuerda que vivimos delante de Dios, no delante de la aprobación humana y que de alguna manera nosotros también seremos juzgados. La verdad nos libra de una fe superficial y nos llama a una obediencia sincera. Nos invita a examinar nuestras motivaciones, nuestras obras y nuestra fidelidad.

Pablo exhorta a todos los creyentes diciendo que todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo (**2 Corintios 5:10**). Esta afirmación no está dirigida a incrédulos, sino a la Iglesia.

La predicación que omite el juicio produce creyentes que confunden gracia con licencia. Pero la gracia verdadera enseña a renunciar a la impiedad y a vivir sobria, justa y piadosamente en este siglo, aguardando la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo (**Tito 2:11 al 13**). La espera del Rey es inseparable de una vida alineada con su gobierno. Esperar el Reino sin vivir bajo su justicia es una contradicción espiritual.

El libro de Apocalipsis presenta al Cristo glorificado caminando en medio de las iglesias, evaluando, corrigiendo, exhortando y advirtiendo. Él ama, pero también reprende y disciplina a los que ama (**Apocalipsis 3:19**). El juicio comienza por la casa de Dios (**1 Pedro 4:17**), no como condenación, sino como purificación. Esta verdad debería producir reverencia, no miedo; responsabilidad, no huida. El Reino que no juzga no purifica, y la Iglesia que no es purificada no puede representar fielmente al Rey.

Al final de la historia, el Reino será plenamente manifestado cuando Cristo entregue el Reino al Padre, después de haber destruido todo dominio, autoridad y poder contrario (**1 Corintios 15:24 y 25**). Ese acto no es simbólico, sino real. El juicio final no es un apéndice del Reino, sino el acto por el cual el Rey establece su justicia de manera definitiva. Allí cesa toda rebelión, toda injusticia y toda distorsión. Allí la santidad y el amor se encuentran sin contradicción.

Recuperar esta visión es urgente para la Iglesia de hoy. No podemos anunciar un Reino sin trono, ni proclamar un Rey sin juicio. No podemos predicar esperanza eterna sin advertir sobre la rendición final. El mensaje del Reino es glorioso precisamente porque es verdadero. Y su verdad incluye la realidad del juicio como expresión suprema de la justicia del Rey.

Vivir bajo el Reino de Dios es vivir conscientes de que cada día es una respuesta al gobierno de Cristo. Es caminar en gracia, pero también en reverencia. Es amar profundamente, pero también obedecer fielmente. Es anunciar un Evangelio que salva, transforma y prepara a las personas para comparecer ante el trono. Porque el Reino de Dios no es solo poder que bendice, sino autoridad que gobierna; no solo gracia que perdona, sino justicia que establece; no solo una promesa futura, sino una realidad presente que culminará en el día glorioso del juicio del Rey.

“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”

Filipenses 2:9 al 11



Capítulo tres

EL VALOR ETERNO DE LAS DECISIONES

“Entren por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; pero estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la encuentran.”

Mateo 7:13 y 14

La eternidad no comienza después de la muerte; comienza en la manera en que el ser humano vive, decide y responde a Dios en el tiempo presente. Cada elección, por pequeña que parezca, está cargada de un peso que trasciende el instante. La Escritura nunca presenta al ser humano como una criatura arrastrada por fuerzas impersonales, sino como un ser creado a imagen de Dios, dotado de voluntad, conciencia y responsabilidad.

Esta dignidad, que eleva al hombre por encima del resto de la creación, es también la razón por la cual sus decisiones tienen consecuencias eternas. Negar esta verdad

no es un acto de compasión, sino una negación de la seriedad con la que Dios creó al ser humano.

Desde las primeras páginas de la Biblia, Dios coloca al hombre delante de una elección real. En el huerto del Edén no había ignorancia, sino responsabilidad. El mandato era claro, la advertencia explícita y la consecuencia real (**Génesis 2:16 y 17**). La caída no fue el resultado de una fatalidad inevitable, sino de una decisión consciente de desobedecer. Allí se establece un principio que atraviesa toda la Escritura: Dios gobierna soberanamente, pero el ser humano responde o no a sus demandas, y esa respuesta tiene consecuencias. La soberanía divina no anula la responsabilidad humana; la presupone.

Es cierto que la naturaleza pecaminosa, la carencia de vida y luz espiritual, hacen imposible a los seres humanos acceder libremente a la verdad del evangelio, pero eso no es culpa de Dios. Dios desea que todos se salven (**1 Timoteo 2:4**), y la anunciación del evangelio del Reino lo deja en evidencia, pero lamentablemente nadie acepta. Es por eso que Dios debe derramar Su gracias sobre algunos. Eso no implica que no haya responsabilidad en las personas.

A lo largo de la historia bíblica, Dios se dirige a su pueblo apelando constantemente a su capacidad de elegir. ***“He puesto delante de ti la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida” (Deuteronomio 30:19).*** Esta exhortación no es retórica ni simbólica. Revela que Dios toma en serio las decisiones humanas, pero también deja en

claro que al final Isarel nunca pudo decidir correctamente. De hecho, cuando los visitó quien era la Vida misma, lo mataron en la cruz del Calvario.

El llamado divino no es manipulación, sino invitación, pero Dios no fuerza la obediencia; en Su soberanía Él otorga vida y luz, pero a la humanidad en general, Él demanda obediencia con autoridad y la espera con paciencia, aunque todos lo rechacen. Ahora bien, el rechazo es real, y por eso el juicio también lo será. La tiniebla en el corazón de los hombres no implica que Dios no esté llamando a todos al arrepentimiento.

En la predicación moderna, esta verdad suele ser diluida. A veces se presenta al ser humano como una víctima total de su contexto, de su historia personal o de sus heridas emocionales, minimizando su responsabilidad moral, pero la verdad es que todo somos responsables, con vida o sin vida espiritual. De hecho, Pablo dijo que aun la creación daba testimonio de los atributos invisibles de Dios. Él dijo que Su eterno poder y Su divinidad, se ven con toda claridad, siendo manifestados por medio de todo lo creado, de manera que nadie tiene excusa (**Romanos 1:20**).

La revelación de la gracia y la elección soberana, no deben quitar la responsabilidad de los hombres, como si la respuesta humana fuera irrelevante frente a la acción divina. Sin embargo, la Escritura sostiene una tensión santa y necesaria: la salvación es por gracia, pero el rechazo de esa gracia es una decisión culpable. Jesús lo expresó con claridad

cuando lloró sobre Jerusalén y dijo: ***“Cuántas veces quise juntar a tus hijos... y no quisiste”*** (Mateo 23:37). El problema no fue la falta de voluntad divina, sino la negativa humana.

Dios nunca dijo: “Bueno, teniendo en cuenta que las tinieblas no les permiten verme, los perdono a todos por decreto y los justifico aunque me rechacen...” El Nuevo Testamento refuerza esta verdad al afirmar que el juicio se basará en las obras, no como medio de salvación, sino como evidencia de la respuesta del corazón.

Pablo declara que Dios ***“pagará a cada uno conforme a sus obras”*** (Romanos 2:6), y aclara que la vida eterna es para los que perseveran en hacer el bien, mientras que la ira y el enojo son para los que no obedecen a la verdad (Romanos 2:7 y 8). Estas palabras no contradicen la justificación por la fe; la completan, mostrando que la fe verdadera se manifiesta en decisiones concretas. La evidencia de haber sido impartidos por la vida de Cristo es que deseamos hacer la voluntad del Rey y que ciertamente nos arrepentimos de toda maldad.

Cuando alguien cree que la gracia es licencia para pecar, es justamente porque no la ha recibido. Los hijos de Dios que hemos accedido al Reino por la gracia de la regeneración, hemos sido impartidos y sellados por el Espíritu Santo de Dios. Es por eso que Juan dijo que el cristiano no peca, simplemente porque esa no es su naturaleza.

“Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.”

1 Juan 3:6 al 10

Cada vez que el Evangelio es predicado, se abre un espacio de decisión eterna. No existe neutralidad frente a Cristo. Él mismo afirmó que el que no es con Él, es contra Él (**Mateo 12:30**). Esta afirmación incomoda a una cultura que valora la ambigüedad, pero revela una verdad espiritual profunda: posponer la decisión es, en sí misma, una decisión. El rechazo no siempre se expresa con hostilidad; muchas veces se manifiesta en la indiferencia, en la dilación constante, en el “mañana” que nunca llega. Sin embargo, la eternidad no evalúa intenciones vagas, sino respuestas reales.

La dignidad del ser humano se manifiesta precisamente en esta capacidad de elegir. Dios no trata al hombre como un objeto, sino como un interlocutor moral. Por eso la condenación no es arbitraria. Nadie será condenado por no haber tenido oportunidad, sino por haber rechazado la luz recibida.

Jesús afirmó que esta es la condenación: que la luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas (**Juan 3:19**). El juicio no crea culpables; pero claramente los revela. La falta de juicio de la sabiduría humana no anula el juicio de Dios, Él no tendrá por inimputable a ningún ser humano.

Esta verdad debería producir una profunda sobriedad espiritual. Vivimos en una generación que trivializa las decisiones, que confunde libertad con ausencia de consecuencias. Pero la libertad bíblica nunca es independencia de Dios, sino capacidad de responder a Él. Pablo lo expresa con claridad al afirmar que todo es lícito, pero no todo conviene, y que el creyente no debe dejarse dominar por nada (**1 Corintios 6:12**). La verdadera libertad no consiste en hacer cualquier cosa, sino en elegir correctamente delante de Dios.

El valor eterno de las decisiones humanas se vuelve aún más evidente cuando consideramos la enseñanza de Jesús sobre el juicio final. En **Mateo 25**, el criterio del juicio no es una confesión verbal, sino una vida que evidenció una respuesta concreta al Rey. Las decisiones cotidianas, amar, servir, obedecer, rechazar, ignorar, adquieren una dimensión eterna. Esto no significa salvación por obras, sino que las obras revelan a quién se sirvió realmente. Jesús no juzga palabras aisladas, sino trayectorias de vida.

La predicación que elimina esta perspectiva produce creyentes que viven sin urgencia espiritual. Cuando se pierde

la conciencia de que cada decisión cuenta, la fe se vuelve liviana, negociable y fácilmente postergable. Pero la Escritura nos recuerda que el tiempo es limitado y que la vida es como una niebla que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece (**Santiago 4:14**). Por eso Pablo exhorta diciendo que debemos aprovechar bien el tiempo, porque los días son malos (**Efesios 5:16**). Esta exhortación solo tiene sentido a la luz de la eternidad.

Al mismo tiempo, este énfasis no conduce a la desesperación, sino a la esperanza responsable. Dios no llama al ser humano a elegir en oscuridad, sino a la luz de Su gracia. El Espíritu Santo convence de pecado, justicia y juicio (**Juan 16:8**), no para condenar sin salida, sino para conducir al arrepentimiento. Cada llamado al arrepentimiento es una expresión del amor de Dios, que concede tiempo y oportunidad antes del día definitivo. Pero ese tiempo no es infinito.

El juicio final será, en última instancia, la confirmación eterna de las decisiones tomadas en el tiempo. Apocalipsis describe este momento con sobriedad solemne: los libros serán abiertos, y los muertos serán juzgados según sus obras (**Apocalipsis 20:12**). Este lenguaje no busca generar pánico, sino verdad. La vida humana importa. Lo que se elige, lo que se ama, lo que se persigue, lo que se rechaza, todo será puesto a la luz. Por eso Jesús exhortó a no temer a los que matan el cuerpo, sino a Aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en la gehena (**Mateo 10:28**).

Para la Iglesia, esta verdad tiene implicaciones pastorales profundas. Predicar la gracia sin responsabilidad produce creyentes inmaduros. Predicar la soberanía de Dios sin la respuesta humana produce fatalismo. Pero predicar el Evangelio completo, gracia soberana y llamado responsable, forma discípulos firmes, conscientes y perseverantes. El llamado de Jesús sigue siendo el mismo: ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lucas 9:23).*** La frase “si alguno quiere” revela la seriedad de la elección.

Cada día, el creyente decide a quién servirá. Cada día reafirma su lealtad al Reino o negocia con otros señores. Cada día construye, con sus decisiones, una vida que será presentada delante de Dios. Esta verdad no debe producir miedo paralizante, sino reverencia y dependencia. Porque el mismo Dios que juzga es el Dios que sostiene, fortalece y capacita por su Espíritu a quienes le buscan con corazón sincero.

La eternidad como marco del Reino nos recuerda que nada es trivial. La fe no es un adorno espiritual, sino una respuesta total. El Evangelio no es una invitación ligera, sino un llamado a una decisión radical. Y el juicio final no es una amenaza vacía, sino la afirmación solemne de que Dios toma en serio al ser humano, su dignidad y sus elecciones.

Por eso, este capítulo nos confronta con una pregunta ineludible: ¿cómo estamos viviendo hoy a la luz de la eternidad? No se trata de perfección sin gracia, sino de una

vida orientada hacia el Rey. No se trata de mérito humano, sino de una fe que responde. La eternidad no se improvisa; se prepara. Y se prepara en el terreno silencioso de las decisiones diarias, allí donde nadie aplaude, pero donde Dios observa.

El día del juicio final no será el inicio de algo nuevo, sino la revelación plena de lo que fue elegido en secreto. Allí quedará en evidencia que la gracia fue ofrecida, la verdad fue anunciada y la decisión fue tomada. Por eso, mientras todavía se oye su voz, la exhortación permanece vigente: ***“Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 3:15).*** Porque hoy es el tiempo aceptable, hoy es el día de salvación, y hoy es el día en que cada decisión cuenta para la eternidad.

Quienes rechazan a Dios impíamente estarán ante el trono blanco del Rey de gloria, caerán de rodillas y tendrán que reconocer la verdad que operó en sus corazones. El espanto y el terror, será sobre aquellos cuyos nombres no estén escritos en el libro de la vida (**Apocalipsis 13:08**). Quienes hemos recibido la gracia de la regeneración, estaremos ante el Rey de reyes frente a Su tribunal y también seremos juzgados, no para salvación, pero sí para recompensas o pérdida, según hayamos decidido y realizado estando en este cuerpo terrenal.

“Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables. Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada

uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.”

2 Corintios 5:9 y 10



PARTE II

“JESÚS Y LA DOCTRINA DEL FIN”

Capítulo cuatro

JESÚS Y SUS ENSEÑANZAS SOBRE LA CONDENACIÓN

“Enviaré el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.”

Mateo 13:41 y 42

Existe una imagen de Jesús profundamente difundida en el imaginario religioso contemporáneo: un Maestro compasivo, amable, inclusivo, que jamás confronta con dureza ni habla de condenación. Este retrato, aunque contiene elementos verdaderos, es incompleto y, por lo tanto, engañoso.

El Jesús de los Evangelios es, sin duda, la máxima revelación del amor de Dios, pero es también quien habló con mayor claridad, frecuencia y solemnidad sobre el juicio final, el fuego eterno y la separación definitiva. Separar a Jesús de estas enseñanzas no es honrar su amor, sino distorsionar su mensaje.

Resulta imposible leer los Evangelios con honestidad sin reconocer que Jesús habló del infierno más que cualquier otro personaje bíblico. No lo hizo desde la ira ni desde el deseo de condenar, sino desde la autoridad del que conoce la eternidad y ama lo suficiente como para advertir.

Jesús no improvisó estas enseñanzas ni las tomó prestadas de tradiciones populares; habló como quien posee conocimiento directo del destino eterno del ser humano. Por eso sus palabras no son especulativas, sino declarativas. Él no dice “tal vez”, sino *“de cierto, de cierto os digo”*.

Cuando Jesús advierte que es mejor entrar en la vida manco, cojo o tuerto que ser echado al fuego eterno donde el gusano no muere y el fuego no se apaga (**Marcos 9:43 al 48**), no está utilizando una exageración pedagógica vacía. Está comunicando, con un lenguaje gráfico y deliberado, la gravedad absoluta del pecado y la realidad de sus consecuencias. La radicalidad del lenguaje de Jesús revela la radicalidad del problema humano. El pecado no es un error superficial; es una rebelión que, si no es tratada, conduce a la perdición eterna.

Uno de los mayores errores de la predicación moderna es suponer que hablar del infierno contradice el amor de Dios. Jesús demuestra exactamente lo contrario. Él habla del infierno porque ama. Advierte porque ve. Llama porque conoce el destino final de quienes rechazan la gracia.

En **Mateo 10:28**, Jesús exhorta a no temer a los que matan el cuerpo, sino a Aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en la gehena. Estas palabras no fueron dirigidas a enemigos del Evangelio, sino a sus propios discípulos. El amor de Jesús no elimina la advertencia; la hace más urgente.

El contexto de muchas de estas declaraciones es profundamente pastoral. Jesús no hablaba del juicio para ganar debates teológicos, sino para despertar conciencias adormecidas por una religiosidad superficial. Cuando pronuncia los ayes contra los escribas y fariseos, los acusa de cerrar el Reino de los cielos delante de los hombres, y de hacer hijos del infierno a quienes convertían (**Mateo 23:13 al 15**).

Esta confrontación no es crueldad, sino justicia profética. Jesús denuncia a líderes religiosos que, con apariencia de piedad, estaban conduciendo a otros a la perdición. El amor verdadero no calla frente a un engaño mortal. La iglesia debería comprender que hablar la verdad completa, puede parecer antipática, pero es un gran acto de amor verdadero.

Jesús también habló del infierno utilizando imágenes judiciales claras. En **Mateo 25**, se presenta como el Hijo del Hombre que se sienta en su trono de gloria y separa a las naciones como el pastor separa las ovejas de los cabritos. El resultado de ese juicio es inequívoco: unos irán a la vida eterna y otros al castigo eterno.

El paralelismo del texto no permite reinterpretaciones cómodas. La misma palabra que describe la duración de la vida describe la duración del castigo. ***“E irán estos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (Mateo 25:46).*** Negar uno es, inevitablemente, negar el otro. Pensar en una eternidad de castigo es angustiante, y callarlo de manera absoluta es un acto de cobardía.

Es importante notar que Jesús nunca atribuyó el infierno a una falla del amor de Dios, sino al rechazo persistente del ser humano. En la parábola del rico y Lázaro, Jesús describe un estado irreversible después de la muerte, con una gran sima que nadie puede cruzar **(Lucas 16:19 al 31).**

Este relato no es una fábula moral sin contenido doctrinal; es una advertencia seria sobre la realidad del destino eterno. El rico no es condenado por ignorancia, sino por indiferencia. No es castigado por falta de religión, sino por un corazón endurecido que ignoró la verdad mientras tuvo oportunidad.

El Jesús que llora sobre Jerusalén es el mismo que anuncia su juicio. ***“¿Jerusalén, Jerusalén... cuántas veces quise juntar a tus hijos... y no quisiste!” (Mateo 23:37).*** Estas palabras revelan una tensión profunda: la voluntad salvadora de Dios frente a la resistencia humana. El infierno no es la derrota del amor divino, sino la consecuencia trágica del rechazo persistente de ese amor. Jesús no se complace en la condenación; la anuncia con dolor.

Cuando Jesús habla de la puerta estrecha y del camino angosto, afirma que muchos entran por la puerta ancha que lleva a la perdición, y pocos hallan el camino que lleva a la vida (**Mateo 7:13 y 14**). Estas palabras son incompatibles con cualquier forma de universalismo ingenuo. Jesús no suaviza esta realidad para hacerla más aceptable. Su fidelidad a la verdad es absoluta, aun cuando esa verdad confronta profundamente las expectativas humanas.

Es significativo que Jesús nunca explicara el infierno como una corrección temporal, sino como una separación definitiva. Utiliza expresiones como “fuego eterno”, “castigo eterno”, “tinieblas de afuera”, “lloro y crujir de dientes”. Estas imágenes no buscan satisfacer la curiosidad, sino comunicar la gravedad. Jesús no detalla el infierno para alimentar morbo, sino para provocar arrepentimiento. El énfasis no está en la descripción, sino en la advertencia.

Al mismo tiempo, Jesús jamás presentó el infierno como el centro de su mensaje. El centro fue siempre el Reino de Dios y la invitación a entrar en él. Pero esa invitación es real precisamente porque existe una alternativa real. La salvación solo tiene sentido si hay algo de lo cual ser salvados. La cruz solo es gloriosa cuando entendemos el juicio que allí fue cargado. Jesús habló del infierno no para desplazar la gracia, sino para exaltar su necesidad.

La predicación que elimina estas enseñanzas produce un Jesús incompleto, reducido a un terapeuta espiritual. Pero el Jesús bíblico es Salvador y Juez, Cordero y León. En

Apocalipsis, el mismo Cristo que fue inmolado aparece como el que abre los sellos y ejecuta el juicio divino. Esta continuidad revela que no hay contradicción entre el Jesús histórico y el Cristo glorificado. Es el mismo Señor, con el mismo carácter, manifestado en distintos momentos del plan redentor.

Para la Iglesia, recuperar las palabras de Jesús sobre la condenación no es un retroceso, sino un acto de fidelidad. Predicar solo el amor sin advertencia es ofrecer un mensaje incompleto. Pero predicar el juicio sin amor es traicionar el espíritu de Cristo. Jesús mantuvo ambos con perfecta armonía. Llamó al arrepentimiento con lágrimas, advirtió con autoridad y ofreció perdón con Su propia vida.

Este capítulo nos confronta con una pregunta inevitable: ¿qué hacemos hoy con las palabras más incómodas de Jesús? Ignorarlas no las hace desaparecer. Reinterpretarlas para suavizarlas no las honra. Solo la obediencia humilde y la proclamación fiel pueden hacer justicia al Maestro. Si Jesús habló del infierno, la Iglesia no tiene autoridad para callarlo.

El amor de Cristo no se mide por lo que evita decir, sino por lo que estuvo dispuesto a enfrentar. Él habló del juicio porque iba a cargarlo. Anunció el fuego eterno porque Él mismo atravesaría el fuego de la ira divina en la cruz. Advirtió sobre la separación final porque experimentaría el abandono para que otros no lo experimentaran.

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46), no es solo un grito de dolor, sino la evidencia de que Jesús tomó sobre sí la condenación que correspondía al pecador. Él no habló como alguien capaz de juzgar sentado cómodamente en Su trono, sino que padeció en Su propia carne el extremo dolor de la crucifixión, con tal de salvar a la humanidad. Su voz, fue una voz compasiva, cargada de amor y de suprema autoridad.

Por eso, este capítulo no pretende endurecer corazones, sino ablandarlos. No busca producir temor irracional, sino arrepentimiento genuino. No intenta glorificar el infierno, sino exaltar la gracia que nos libra de él. Jesús habló del infierno porque el cielo es real, porque el juicio es real y porque la salvación es urgente.

Mientras la voz de Jesús sigue resonando en los Evangelios, la invitación permanece abierta. Él no solo advirtió; también dijo: ***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”***. Pero esa invitación cobra todo su peso cuando entendemos de qué descanso nos ofrece, de qué destino nos rescata y qué eternidad está en juego.

Hablar del Jesús que habló del infierno no disminuye su amor; lo magnifica. Porque solo quien ama profundamente se atreve a decir la verdad completa. Y solo quien conoce la eternidad puede advertir con tanta claridad. Este Jesús, fiel y verdadero, sigue llamando hoy. Y su voz sigue siendo una voz de gracia... antes del día final del juicio.

***“Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados
vuestros pecados; para que vengan de la presencia del
Señor tiempos de refrigerio.”***

Hechos 3:19



Capítulo cinco

EL FUEGO ETERNO EN LOS EVANGELIOS

“Si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo; mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en el infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga.”

Marcos 9:43 al 48

Uno de los mayores obstáculos para comprender correctamente la enseñanza bíblica sobre la condenación eterna es la confusión conceptual. A lo largo del tiempo, distintos términos han sido mezclados, reinterpretados o vaciados de su significado original, produciendo una visión

distorsionada del mensaje de Jesús. La Escritura, sin embargo, es notablemente precisa.

No utiliza las palabras al azar, ni habla del destino eterno con ambigüedad. Cuando Jesús emplea términos como gehena, hades o fuego eterno, lo hace con una intención clara, dentro de un marco teológico coherente y profundamente serio. Recuperar el significado bíblico de estas expresiones no es un ejercicio académico frío, sino un acto pastoral necesario.

En los evangelios, Jesús no adopta el lenguaje especulativo de la mitología ni el simbolismo exagerado del folclore religioso. Sus palabras están ancladas en la revelación veterotestamentaria y en la comprensión judía de su tiempo, pero las trascienden con autoridad divina. Por eso, cualquier intento de suavizar o reinterpretar sus enseñanzas debe ser evaluado a la luz del texto mismo, y no de la sensibilidad cultural contemporánea.

El término gehena aparece con frecuencia en labios de Jesús. No es una palabra abstracta ni poética. Proviene del hebreo “*Ge Hinnom*”, el valle de Hinom, un lugar real ubicado al sur de Jerusalén. En el Antiguo Testamento, este valle estaba asociado con prácticas idólatras abominables, incluyendo sacrificios de niños a Moloc (**Jeremías 7:31**). Por esta razón, el valle se convirtió en un símbolo del juicio divino. Con el tiempo, en la literatura judía, la Gehena pasó a representar el lugar de castigo final para los impíos.

Cuando Jesús utiliza este término, sus oyentes no lo interpretan como una metáfora liviana. Comprenden que se trata de una referencia al juicio definitivo. Jesús advierte que es mejor perder un miembro del cuerpo que ser echado todo el cuerpo en la gehena, donde el fuego no se apaga y el gusano no muere (**Marcos 9:43 al 48**). Estas expresiones, tomadas de **Isaías 66:24**, no describen aniquilación, sino continuidad. El lenguaje apunta a una condición persistente, no a una destrucción instantánea.

Es significativo que Jesús nunca presente la gehena como un estado temporal o correctivo. Siempre la asocia con advertencia final. En **Mateo 10:28**, declara que Dios puede destruir el alma y el cuerpo en la gehena. El verbo “destruir” no implica dejar de existir, sino arruinar completamente, perder el propósito para el cual algo fue creado.

El mismo término se utiliza en otros contextos para referirse a ovejas perdidas o a odres arruinados, que siguen existiendo pero ya no cumplen su función. Esta precisión lingüística es clave para evitar interpretaciones aniquilacionistas que no hacen justicia al texto.

El hades, por su parte, es un término distinto, con un significado diferente. En los evangelios, hades no se presenta como el destino final, sino como el lugar de los muertos, el estado intermedio previo al juicio definitivo. En **Lucas 16**, en el relato del rico y Lázaro, Jesús describe al rico estando en tormentos en el hades, consciente, con memoria, con capacidad de diálogo y con plena conciencia de su situación.

Este pasaje resulta incómodo para muchas teologías modernas, pero su claridad es innegable. No se trata de una parábola alegórica sin base doctrinal, sino de una enseñanza que asume una realidad post-mortem consciente.

En este relato, el hades no es el lago de fuego final, pero tampoco es un estado neutral. Hay separación, hay tormento, hay irreversibilidad. Jesús deja claro que existe una gran sima que nadie puede cruzar (**Lucas 16:26**). Este detalle destruye la idea de una segunda oportunidad después de la muerte. El tiempo de decidir es el tiempo presente. El hades no es purgatorio, ni corrección temporal, ni suspensión inconsciente. Es un estado real previo al juicio final.

Jesús también utiliza la expresión “*fuego eterno*”, especialmente en contextos judiciales. En **Mateo 25:41**, declara que el fuego eterno fue preparado para el diablo y sus ángeles. Esta afirmación es crucial. El fuego eterno no fue diseñado originalmente para el ser humano, sino para seres espirituales rebeldes.

Sin embargo, quienes persisten en la rebelión comparten su destino. El texto no habla de un fuego simbólico que se extingue, sino de algo eterno en duración. El mismo adjetivo que describe la vida eterna describe el castigo eterno (**Mateo 25:46**). Cualquier intento de reinterpretar uno sin afectar el otro es teológicamente inconsistente.

La fidelidad textual exige reconocer que Jesús utiliza estas expresiones con sobriedad, pero también con firmeza. No ofrece explicaciones detalladas sobre la naturaleza física del fuego, ni se deleita en descripciones gráficas. Su énfasis no está en el cómo, sino en el hecho. Existe una realidad de juicio, existe una separación final, existe un destino eterno. Jesús no llama a especular, sino a responder.

El problema surge cuando se intenta leer estos textos desde categorías modernas ajenas a la cosmovisión bíblica. Algunos sostienen que estas imágenes son meramente simbólicas y que, por lo tanto, no deben tomarse en serio. Pero el simbolismo bíblico nunca niega la realidad; la comunica de manera comprensible. Cuando la Biblia usa símbolos, lo hace para revelar, no para ocultar. Negar la realidad del juicio porque el lenguaje es figurado es un error hermenéutico grave.

Otros afirman que el fuego eterno representa la aniquilación final del impío. Sin embargo, esta interpretación no encaja con el uso consistente del lenguaje de Jesús. El lloro y el crujir de dientes, la conciencia del castigo, la separación permanente, todo apunta a una existencia consciente, no a la cesación del ser. Jesús nunca habla del infierno como un dejar de existir, sino como un estar excluido del Reino.

Desde una perspectiva pastoral, esta enseñanza debe ser tratada con reverencia y responsabilidad. El objetivo no es provocar miedo, sino despertar conciencia. Jesús nunca

utilizó estas palabras para manipular emocionalmente a las multitudes. Las utilizó para advertir, para llamar al arrepentimiento, para exaltar la urgencia del Reino. El tono de Jesús es grave, pero no sensacionalista. Firme, pero no morboso. Claro, pero no cruel.

La Iglesia necesita recuperar este equilibrio. Predicar sobre gehena, hades y fuego eterno sin fidelidad bíblica produce caricaturas. Pero callar estas verdades produce ignorancia peligrosa. El silencio no protege a las personas; las deja sin advertencia. Pablo afirmó que no había rehuido anunciar todo el consejo de Dios (**Hechos 20:27**). Este *“todo”* incluye las verdades que incomodan.

Al mismo tiempo, estas enseñanzas solo pueden ser comprendidas correctamente a la luz de la cruz. El infierno no se entiende plenamente hasta que se contempla el Calvario. Allí vemos qué tan serio es el pecado y qué tan real es el juicio. Jesús no habló del fuego eterno desde la distancia; habló como Aquel que iba a cargar la ira divina en lugar de los pecadores. El abandono que experimentó en la cruz revela la gravedad de la separación que Él vino a evitar para nosotros.

Por eso, cualquier predicación sobre la condenación eterna que no conduzca a Cristo es incompleta. Gehena, hades y fuego eterno no son el centro del Evangelio, pero sí el telón de fondo que hace resplandecer la gracia. La salvación no es una mejora de vida; es un rescate eterno. Y

solo puede ser apreciada en su verdadera dimensión cuando se comprende de qué somos librados.

Este capítulo nos llama a una lectura honesta de los evangelios. Jesús no puede ser reducido a nuestras categorías emocionales. Él es el Maestro fiel que habló con claridad sobre la eternidad. Ignorar sus palabras no es un acto de amor, sino de desobediencia. Reinterpretarlas para hacerlas aceptables no es exégesis, sino acomodación cultural.

La fidelidad textual exige humildad. Nos obliga a dejar que el texto hable, aun cuando confronte. Y cuando lo hace, nos conduce siempre a una respuesta: arrepentimiento, fe, obediencia. Jesús nunca habló del juicio para cerrar la puerta de la gracia, sino para urgir a entrar por ella mientras permanece abierta.

Mientras la Iglesia vuelva a predicar estas verdades con sobriedad, compasión y fidelidad bíblica, el Evangelio recuperará su profundidad. No un mensaje de miedo, sino un mensaje de verdad. No una amenaza vacía, sino una advertencia amorosa. Porque el mismo Jesús que habló de la gehena es el que dijo: *“Al que a mí viene, no le echo fuera”*.

“Y ahora, oh Señor, escucha sus amenazas y danos a nosotros, tus siervos, mucho valor al predicar tu palabra.”

Hechos 4:29



Capítulo seis

AMENAZA O ADVERTENCIA REVELADA

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, más ha pasado de muerte a vida.”

Juan 5:24

Uno de los errores más frecuentes al leer los evangelios es interpretar las palabras de Jesús sobre el juicio eterno como amenazas desprovistas de amor. Esta lectura no solo es injusta con el texto bíblico, sino que revela una comprensión superficial del carácter de Cristo.

Jesús no habló del infierno como un predicador airado que disfruta del temor ajeno, sino como el Buen Pastor que advierte del peligro real que acecha a quienes se niegan a oír su voz. Confundir advertencia con amenaza es una distorsión que ha debilitado profundamente la predicación contemporánea.

Una amenaza busca someter por miedo; una advertencia busca proteger por amor. Esta distinción es

fundamental para entender el tono de Jesús. Cuando Él habla del juicio, no lo hace desde la distancia de un juez frío, sino desde la cercanía de quien conoce el final del camino y ruega que nadie se pierda en él. Jesús no habló como un espectador del juicio, sino como Aquel que vino a cargarlo sobre sí mismo.

Los evangelios muestran repetidamente que las advertencias más severas de Jesús no estaban dirigidas a pecadores arrepentidos, sino a religiosos endurecidos. Fariseos, escribas y líderes espirituales recibieron palabras de juicio precisamente porque, teniendo conocimiento, cerraban la puerta del Reino a otros y a sí mismos. ***“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!”***, declara Jesús en **Mateo 23**, no como un estallido emocional, sino como un lamento profético. Su tono no es de odio, sino de dolor. El mismo pasaje concluye con un clamor:

“¡Jerusalén, Jerusalén... cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!”

Mateo 23:37

Este lamento revela el corazón de Cristo. Jesús no se complace en el juicio; lo anuncia porque es real. No amenaza con el infierno para dominar conciencias, sino que advierte porque ama. El lenguaje duro aparece cuando la dureza del corazón lo exige. La severidad del mensaje es proporcional a la gravedad del rechazo. Ignorar esta dinámica conduce a una imagen distorsionada de Jesús.

Cuando Jesús hablaba del *“lloro y el crujir de dientes”*, no estaba usando un recurso retórico exagerado. Estaba describiendo una realidad que Él conocía y que deseaba evitar para quienes le escuchaban. Estas expresiones aparecen siempre en contextos de rechazo persistente, de incredulidad voluntaria, de desprecio consciente por la verdad. Nunca aparecen dirigidas a quienes luchan, se arrepienten o buscan misericordia. Esto es pastoralmente crucial.

El problema de muchas lecturas modernas es que juzgan a Jesús desde parámetros emocionales contemporáneos, en lugar de permitir que el texto defina el carácter del mensaje. En una cultura que evita toda incomodidad, cualquier advertencia es percibida como agresión. Sin embargo, el amor bíblico no es permisivo, es veraz. Pablo afirma que *“el amor se goza con la verdad”* (**1 Corintios 13:6**), no con la negación de la realidad.

Jesús mismo define su misión en términos de rescate. Declara que vino a buscar y salvar lo que se había perdido (**Lucas 19:10**). La existencia de algo perdido implica la posibilidad real de no ser hallado. Negar esta posibilidad es vaciar de sentido la misión redentora. Si no hay peligro real, no hay rescate verdadero. El infierno no magnifica el miedo; magnifica la gracia, porque revela de qué somos salvados.

El tono pastoral de Jesús también se manifiesta en su paciencia. A lo largo de los evangelios, advierte

repetidamente antes de juzgar. Llama al arrepentimiento, ofrece perdón, extiende gracia. Solo cuando estas invitaciones son rechazadas persistentemente, pronuncia palabras de juicio. Esto muestra que el juicio no es impulsivo ni arbitrario, sino la consecuencia final de una negativa prolongada a la gracia.

Incluso en sus advertencias más severas, Jesús mantiene abierta la puerta del arrepentimiento. Cuando habla de cortar la mano o sacar el ojo que hace caer, no está promoviendo el auto-daño, sino enfatizando la urgencia de tratar seriamente el pecado. El mensaje no es “no hay esperanza”, sino “haz todo lo necesario para no perderte”. Esto es profundamente pastoral.

Es importante notar que Jesús nunca utiliza el juicio eterno como herramienta de control religioso. No exige sumisión ciega ni manipula emocionalmente a las multitudes. De hecho, muchas veces sus palabras provocan que algunos se aparten. En **Juan 6**, tras una enseñanza difícil, muchos discípulos lo abandonaron. Aun así, Jesús no suavizó el mensaje para retenerlos. Esto demuestra que su prioridad no era la aceptación, sino la verdad.

La Iglesia contemporánea enfrenta una tentación constante: adaptar el tono del mensaje para evitar rechazo. Pero cuando se elimina la advertencia, el amor pierde profundidad. Un médico que oculta un diagnóstico grave no es compasivo; es negligente. De la misma manera, una

Iglesia que calla sobre el juicio eterno no está siendo pastoral, sino irresponsable.

Jesús muestra que la verdadera compasión incluye advertencia. Cuando se acerca a la cruz, llora sobre Jerusalén no porque vaya a juzgarla, sino porque sabe que el juicio vendrá como resultado de su rechazo. El dolor de Cristo revela que el juicio no es su deseo, sino la consecuencia de la obstinación humana. Dios no quiere que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (**2 Pedro 3:9**), pero respeta la libertad humana incluso cuando esta conduce a la perdición.

Este equilibrio entre advertencia y amor es esencial para una predicación sana. El mensaje de Jesús no oscila entre extremos; permanece firme en la verdad y abundante en gracia. El problema surge cuando se separan estas dos dimensiones. Un mensaje de juicio sin gracia produce temor estéril; un mensaje de gracia sin juicio produce indiferencia espiritual. Jesús nunca separó ambas cosas.

Desde una perspectiva pastoral, este capítulo nos desafía a revisar nuestro propio tono. ¿Advertimos o amenazamos? ¿Callamos por temor al rechazo o hablamos con amor y claridad? Jesús no gritó para intimidar, pero tampoco susurró para no incomodar. Habló con autoridad serena, consciente de la eternidad que estaba en juego.

El tono de Jesús también revela algo más profundo: su respeto por la dignidad humana. Advertir implica reconocer

la capacidad de decidir. Amenazar trata a las personas como objetos manipulables; advertir las trata como seres morales responsables. Jesús confía en que sus oyentes pueden responder a la verdad. Por eso habla con claridad, no con engaño.

Este enfoque devuelve peso a la predicación. El Evangelio deja de ser una oferta superficial de bienestar para convertirse en un llamado a la vida eterna. Jesús no promete comodidad inmediata, sino salvación eterna. No promete ausencia de conflictos, sino reconciliación con Dios. Y en ese marco, el juicio no es un recurso retórico, sino una realidad que da urgencia al llamado.

La Iglesia necesita recuperar este tono pastoral de Jesús. No para endurecer el mensaje, sino para profundizarlo. No para infundir miedo, sino para despertar conciencia. No para condenar personas, sino para señalar con claridad el camino de la vida. El silencio nunca fue una opción para Cristo; la verdad dicha en amor siempre lo fue.

Este capítulo nos recuerda que Jesús no fue un predicador de amenazas, sino de advertencias amorosas. Y que ignorar estas advertencias no las hace desaparecer. La fidelidad pastoral consiste en hablar como Él habló, amar como Él amó y advertir como Él advirtió. Porque solo así el Evangelio conserva su integridad y su poder transformador.

“Porque la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor.”

Romanos 6:23



PARTE III

“ESCATOLOGÍA, JUSTICIA Y DESTINO FINAL”

Capítulo siete

LA PROGRESIÓN DEL JUICIO EN LAS ESCRITURAS

“¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente y también el griego, pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego; porque no hay acepción de personas para con Dios.”

Romanos 2:4 al 11

Desde los primeros capítulos de la Escritura hasta las últimas páginas del Apocalipsis, la Biblia describe un camino que toda la humanidad recorre inevitablemente: nacer, vivir,

morir, esperar, resucitar y finalmente comparecer ante el trono del Rey.

No se trata de un relato simbólico ni de un mito religioso para infundir temor, sino de la revelación solemne de un Dios que gobierna la historia y que llevará a término Su obra en justicia perfecta. El juicio no es un episodio aislado ni un recurso pedagógico; es una trama continua que atraviesa toda la revelación bíblica. Ignorarlo es despojar al Evangelio de su contexto eterno; abrazarlo con reverencia es comprender la profundidad insondable de la redención.

La Escritura declara que ***“está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”*** (Hebreos 9:27). En esa sola frase se condensa la seriedad de la existencia humana. La vida no termina con el último latido del corazón. La muerte no clausura la conciencia. No somos absorbidos por la nada. No desaparecemos en un silencio eterno.

La muerte es un umbral. Es el paso de un estado temporal a una espera definitiva. Es el instante en que cesa toda oportunidad de arrepentimiento y toda posibilidad de gracia ofrecida. A partir de allí, el ser humano entra en un estado intermedio, consciente, real, pero todavía no final. La Biblia deja ver este misterio con sobriedad, sin curiosidad morbosa, pero sin silencio evasivo.

Jesús mismo narró la historia del rico y de Lázaro no como una fábula simbólica, sino como una ventana pastoral

a la realidad espiritual que continúa después de la muerte. Allí vemos a un hombre rico que, tras morir, alzó sus ojos ***“en tormentos”*** (**Lucas 16:23**), y a un hombre pobre consolado en el seno de Abraham. Ambos estaban conscientes. Ambos recordaban su vida. Ambos sabían quiénes eran. Ambos experimentaban el inicio de la retribución divina. Sin embargo, ese estado no era todavía la consumación final del juicio, pues todavía aguardaba la resurrección. Lo que Jesús deja en claro es que tras la muerte se abre una espera, pero no un vacío.

A lo largo de la Escritura, la muerte aparece como consecuencia del pecado y como señal de ruptura espiritual. El hombre muere porque se separó de la Fuente de la vida. Sin embargo, su espíritu no deja de existir. La historia humana continúa en una dimensión invisible a nuestros sentidos, pero plenamente real ante los ojos de Dios.

Los creyentes reposan en Cristo, aguardando la resurrección gloriosa (**1 Tesalonicenses 4:14**), mientras que los incrédulos esperan en un estado de condenación anticipada, conscientes del juicio que se aproxima. Nada de esto disminuye el amor de Dios; al contrario, lo subraya, pues si Él advierte, es porque ama, y si prepara un día de juicio, es porque la justicia es inseparable de Su naturaleza.

Pero la historia no termina allí. Las Escrituras hablan con claridad de una resurrección universal. Jesús afirmó: ***“Vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a***

resurrección de vida; más los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Juan 5:28 y 29). Nadie quedará fuera de ese llamado. No habrá tumba silenciosa ni polvo olvidado. No habrá osamenta perdida ni cuerpo descompuesto que Dios no pueda levantar. El mar devolverá a los muertos, la tierra entregará a los suyos, y las naciones enteras se verán de pie delante del Dios que vive para siempre.

Esta resurrección no es un concepto filosófico ni una metáfora espiritual. Es una verdad física, ontológica, radical. Así como Cristo resucitó corporalmente, con un cuerpo real, glorificado, visible, así también los seres humanos resucitarán. Unos para participar de la gloria eterna. Otros para comparecer en juicio.

Nadie resucitará para desaparecer. Nadie resucitará para disolverse. Todos resucitarán para rendir cuentas. La resurrección universal establece que Dios no abandona Su creación ni rompe la unidad entre alma y cuerpo, sino que restaura ambas dimensiones para el juicio definitivo.

La culminación de esta progresión espiritual es el momento solemne descrito en **Apocalipsis 20**. Juan habla del Gran Trono Blanco, ante el cual están en pie pequeños y grandes, y los libros son abiertos, y otro libro es abierto, que es el libro de la vida. Allí, dice la Escritura, los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras (**Apocalipsis 20:11 y 12**).

Nadie podrá escapar. Nadie podrá esconderse. Nadie podrá negociar. Nadie podrá apelar ni excusarse. Ese será el día en que las máscaras caerán, en que los engaños se revelarán, en que las intenciones ocultas serán expuestas, y en que la verdad resplandecerá sin mezcla alguna.

Este juicio final no es un tribunal humano. No está sujeto a corrupción, parcialidad o ignorancia. No habrá pruebas perdidas, ni testigos falsos, ni abogados manipuladores. El Juez es Cristo, Aquel ante quien todos compareceremos (**2 Corintios 5:10**). Y Él no juzga según apariencias, sino según la verdad eterna.

Los libros que se abren no son simples registros, sino testimonios de una vida vivida ante Dios. Cada palabra, cada intención, cada acción, cada decisión, cada rechazo voluntario de la gracia recibirá su justa retribución. Así se cumple la palabra: ***“Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala”*** (Eclesiastés 12:14).

Allí comienza la dimensión más temible y solemne de la revelación bíblica: el destino final. El texto afirma que quienes no fueron hallados inscritos en el libro de la vida serán lanzados al lago de fuego (**Apocalipsis 20:15**). Este no es un símbolo débil ni una metáfora literaria. Es la consumación de la justicia divina. Es la separación definitiva entre los que pertenecen a Cristo y los que rehusaron Su señorío.

Es el estado irreversible en el cual el ser humano experimenta eternamente la consecuencia de haber rechazado la gracia. El infierno no es tanto la ausencia de Dios, porque Dios está en todas partes, sino la ausencia de Su favor, de Su gracia, de Su rostro benevolente. Es existir para siempre bajo la mirada justa de un Dios santo, sin mediación de misericordia.

Este es el punto donde nuestra mente tiembla y nuestro corazón se quebranta. La doctrina del juicio final no debería producir en nosotros orgullo teológico, sino profundo temor reverente. Nadie que comprenda lo que está en juego puede hablar del infierno con ligereza. Nadie que haya contemplado el peso del juicio eterno puede predicarlo sin lágrimas.

La Iglesia ha sido llamada a advertir, no a amenazar; a suplicar, no a condenar. Pablo decía que, conociendo el temor del Señor, persuadía a los hombres (**2 Corintios 5:11**). Quien ha visto el tribunal eterno ya no juega con el pecado, ya no trivializa la fe, ya no reduce el Evangelio a una mejora de vida. Por tal motivo, debemos llenarnos de compasión, pero a la misma vez de firmeza.

La progresión bíblica del juicio nos enseña, además, que la vida presente es la antesala de la eternidad. No hay neutralidad. No hay terrenos intermedios. Cada decisión moral, cada acto de fe, cada rechazo, cada entrega, cada indiferencia está cargada de eternidad. Jesús afirmó que de toda palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del juicio (**Mateo 12:36**). Esto no es legalismo; es

dignidad. Dios toma en serio la vida del ser humano porque el ser humano fue creado a Su imagen. La existencia no es banal. La vida no es un experimento. Es una carrera que desemboca en el trono.

Pero si el juicio revela la santidad de Dios, también manifiesta la gloria de Su gracia. Porque el mismo Cristo que juzgará es Aquel que antes fue a la cruz para cargar la condenación que nos correspondía. El que abrirá los libros es el mismo que abrió Sus manos para recibir los clavos. El que pronunciará la sentencia irrevocable es el mismo que pronunció en la cruz: ***“Consumado es”*** (Juan 19:30).

Por eso el Evangelio no es un llamado a la religiosidad, sino a la reconciliación. Dios ***“manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan”*** (Hechos 17:30), porque ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia por medio de Jesucristo. Conociendo al hombre y su incapacidad, los hijos de Dios debemos exaltar Su maravillosa gracia y alabarle siempre por Su misericordia.

Aquí se vuelve pastoral la escatología. No hablamos del juicio para alimentar debates, sino para despertar corazones dormidos. No hablamos del infierno para infundir terror psicológico, sino para clamar que aún hay tiempo de gracia. No describimos el lago de fuego para señalar a los demás, sino para examinarnos a nosotros mismos.

El juicio final no es un capítulo oscuro de la fe cristiana; es el telón de fondo sobre el cual la cruz brilla con

esplendor incomparable. Si el juicio es real, la gracia es urgente. Si el tribunal eterno es inevitable, el llamado al arrepentimiento es misericordia pura.

La Iglesia necesita volver a caminar con la eternidad en sus ojos. Necesita volver a medir su vida, su ministerio, sus decisiones, sus prioridades, no por la aprobación humana ni por el éxito visible, sino por el día en que se oirá su nombre delante del trono.

Cada pastor, cada siervo, cada creyente comparecerá también ante el tribunal de Cristo para recibir según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo (**2 Corintios 5:10**). Este juicio no es de condenación para los que están en Cristo, pero sí es de evaluación, de recompensa, de fuego purificador que prueba la obra. La eternidad pondrá en evidencia qué fue hecho para la gloria de Dios y qué fue edificado sobre arena.

El creyente que vive con esta conciencia no se desespera por aplausos presentes. No se deprime por críticas. No negocia la verdad. No trivializa la santidad. Sabe que su Señor volverá y que nada habrá sido en vano. Y aquel que aún no conoce a Cristo necesita comprender que el día de gracia no es eterno. El amor de Dios llama hoy. La paciencia divina espera hoy. La voz del Espíritu convence hoy. Pero un día, los cielos pasarán, la tierra huirá de la presencia del Juez, y sólo quedará la verdad desnuda de cada corazón ante Él.

Que la progresión del juicio en la Escritura no nos lleve al miedo paralizante, sino a la reverencia transformadora. Que no nos conduzca al orgullo religioso, sino al quebranto humilde. Que no nos incline al silencio cobarde, sino a la predicación fiel. Porque el día del juicio final no es sólo el fin de la historia; es el día en que la justicia de Dios será vindicada, la gloria de Cristo será exaltada, y la cruz será comprendida en toda su magnitud.

Y mientras ese día se acerca, el llamado sigue en pie. Hoy es el tiempo de la gracia. Hoy es el día para volver al Señor. Hoy es el momento para abrazar al Salvador antes de comparecer ante el Juez.

“Buscad al Señor mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano.”

Isaías 55:6



Capítulo ocho

EL LAGO DE FUEGO JUSTICIA CONSUMADA

“Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.”

Apocalipsis 20:15

Hablar del lago de fuego es caminar descalzos sobre uno de los terrenos más santos y temibles de toda la revelación bíblica. No entramos aquí con curiosidad morbosa ni con espíritu polémico, sino con el corazón inclinado delante de Dios, sabiendo que tratamos con palabras que describen el destino eterno de seres humanos creados a imagen del Creador.

El Apocalipsis no fue escrito para satisfacer especulaciones, sino para despertar a la Iglesia, fortalecer su esperanza, advertir a los soberbios y consolar a los fieles con la certeza de que la historia terminará bajo el trono de Cristo. Y en el centro de esa culminación aparece ese lugar tremendo, llamado “el lago de fuego”, donde la justicia de Dios se consume y el mal es derrotado para siempre.

Apocalipsis 20 nos introduce en esta escena con solemnidad majestuosa. Juan describe a Satanás, la serpiente antigua, el adversario que engañó a las naciones desde el principio, siendo finalmente lanzado al lago de fuego y azufre, donde ya estaban la bestia y el falso profeta, ***“y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos”*** (**Apocalipsis 20:10**). Aquí no hay metáfora vacía. No hay alivio retórico. No hay atenuación emocional. La Escritura presenta el lago de fuego como un lugar real de retribución consciente, permanente, justa. Y luego añade la afirmación que nos estremece, porque asegura que aquellos cuyos nombres no estén escritos en el libro de la vida serán lanzados a ese mismo lago de fuego (**Apocalipsis 20:15**).

El lenguaje es deliberadamente serio. No dice “se desvaneció”. No dice “cesó de existir”. No dice “entró en un silencio eterno”. Dice “fue lanzado”. Hay un acto judicial. Hay una sentencia pronunciada. Hay una transición definitiva. Ese momento no pertenece al reino de la arbitrariedad divina, sino al cumplimiento de la justicia eterna. El lago de fuego no es un capricho celestial, sino el final coherente de una historia de rebelión voluntaria y persistente contra Dios.

Pero antes de considerar el lago de fuego como destino final, debemos recordar quién es el Juez que pronuncia la sentencia. No es un tirano distante. No es un soberano frío. Es el Cordero inmolado, Aquel que fue herido por nuestras transgresiones (**Isaías 53:5**), Aquel que lloró sobre Jerusalén

(Lucas 19:41), Aquel que extendió Sus manos en la cruz para cargar la ira que correspondía a pecadores como nosotros.

El mismo Cristo que invita: **“Venid a mí” (Mateo 11:28)**, será el Cristo que juzgará a los que rechazaron Su gracia. Por eso el juicio final no contradice el amor de Dios, sino que lo revela en toda su profundidad. La justicia eterna no es enemiga de la misericordia; es su complemento necesario. Un amor que nunca juzga deja de ser santo. Una justicia que nunca salva deja de ser gracia. En Cristo convergen ambas realidades en armonía perfecta.

El lago de fuego aparece en Apocalipsis como la etapa final de la guerra espiritual que comenzó en el Edén. Allí no sólo son juzgados los hombres, sino también los poderes espirituales de maldad. Satanás no permanece libre. El mal no queda impune. La serpiente antigua no continúa tentando eternamente.

El infierno, podríamos decir, es también la victoria de Dios sobre el reino de las tinieblas. Es el lugar donde la rebelión cósmica encuentra su final. Y, sin embargo, en ese mismo lugar de derrota del enemigo, comparecen también aquellos seres humanos que, a lo largo de la historia, eligieron alinearse contra Dios, despreciar Su gracia y endurecer su corazón.

Aquí encontramos el punto más delicado: ¿cómo reconciliar el amor de Dios con la existencia de un castigo eterno? La Escritura responde no desde la filosofía, sino

desde la revelación divina. Dios no creó al hombre para el infierno. Jesús afirmó que el fuego eterno fue preparado **“para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41).**

Sin embargo, los hombres que persisten en la incredulidad comparten el destino de aquel a quien obedecieron. El ser humano no es arrastrado pasivamente al lago de fuego; llega allí como consecuencia final de haber rechazado la vida eterna ofrecida gratuitamente en Cristo. La justicia eterna no anula la libertad humana; la confirma en su resultado definitivo.

Ante esta doctrina, el corazón piadoso no endurece la mirada. Se quebranta. Pablo decía que **“con gran tristeza y continuo dolor”** en su corazón pensaba en sus hermanos que estaban lejos de Cristo (**Romanos 9:2**). Jesús lloró por los suyos, ya que no creyeron en Él. La Iglesia no puede hablar del lago de fuego sin lágrimas. No puede predicarlo con tono triunfalista. No puede convertirlo en un instrumento de manipulación emocional. La eternidad no es material para espectáculos religiosos, sino un misterio que debe tratarse con temblor y reverencia.

Al mismo tiempo, no debemos suavizar lo que Dios ha hablado. Apocalipsis declara que el tormento es **“por los siglos de los siglos”**. El lenguaje es el mismo que se utiliza para describir la eternidad de Dios y la gloria de los redimidos. No hay indicio de caducidad. No hay puerta de salida. No hay segunda oportunidad.

El lago de fuego representa la consumación de una vida vivida sin Dios y contra Dios. No es el inicio de un proceso de purificación. Es el final de un camino de endurecimiento. Es el punto donde el juicio se establece para siempre sobre todos aquellos que negaron neciamente la existencia del Creador.

Este hecho tan solemne nos obliga a mirar nuevamente a la cruz. Porque el mismo infierno que aguarda al pecador no arrepentido cayó sobre Cristo en términos judiciales cuando Él cargó con nuestros pecados. Él experimentó el abandono del Padre en nuestro lugar (**Mateo 27:46**). Él bebió la copa de la ira que estaba reservada para nosotros (**Isaías 51:17**).

Él descendió, podríamos decir, a las profundidades del juicio para que nosotros no lo hiciésemos. El lago de fuego revela cuán seria fue la cruz. Si la condenación eterna no existiera, la cruz perdería su peso. Si el castigo final fuera simbólico o pasajero, la sangre del Cordero parecería un exceso innecesario. Pero como el juicio es real, la gracia también lo es.

En la visión de Juan, el libro de la vida aparece como criterio definitivo. No se trata de obras acumuladas en balanza moral, sino de una relación con Cristo. El que está en Cristo ha pasado de muerte a vida (**Juan 5:24**). El que no está en Cristo permanece bajo condenación. El lago de fuego no es el destino de hombres que intentaron sinceramente agradar a Dios pero fueron rechazados arbitrariamente.

El lago de fuego es el destino de quienes rehusaron humillarse, arrepentirse y abrazar por fe la obra redentora del Hijo. La fe no es un accesorio religioso. Es la puerta de entrada a la vida eterna. Y es cierto que el pecado ha producido la muerte espiritual de los seres humanos, porque la vida solo es Cristo, y ha producido una ceguera que incapacita la visión; sin embargo, no habrá excusas ante Dios porque la obra ha sido hecha en Jesús y la oportunidad ha sido dada a todos.

Ante esto, la pregunta pastoral es inevitable: ¿cómo predicar hoy esta verdad? ¿Cómo hablar del lago de fuego sin convertirnos en heraldos de terror ni en guardianes del silencio culpable? La respuesta está en imitar a Cristo. Él habló del infierno con claridad, pero con compasión. Con autoridad, pero con amor. Advertía para salvar. Describía para rescatar. Decía la verdad para que los hombres no perecieran engañados. Predicar el juicio eterno sin compasión es deshonar el corazón de Dios. Evitarlo por temor a incomodar es deshonar Su Palabra.

Al final, si el Señor determina derramar Su gracia sobre alguien, nada podrá impedirlo. Nuestra misión es predicar el evangelio del Reino, bajo la unción y sin diluir sus verdades. Solo Dios puede otorgar convicción de pecado (**Juan 16:8**), solo Dios puede otorgar el don de la fe necesaria (**Efesios 2:8**), solo Dios puede alcanzar los corazones y salvar (**Apocalipsis 7:10**).

El lago de fuego también debería afectar nuestra espiritualidad cotidiana. Nos recuerda que la vida cristiana no es un juego, ni una búsqueda de bienestar personal, ni una experiencia emocional prolongada. Es caminar ante el Dios vivo con temor reverente. Es confiar plenamente en Cristo. Es proclamar el Evangelio con urgencia. Es amar a los perdidos sabiendo lo que está en juego. Es consagrar nuestras vidas al Reino sabiendo que el tiempo es breve y que la eternidad se aproxima.

Y, finalmente, hay un elemento de esperanza incluso en esta doctrina tan dura. Porque el lago de fuego garantiza que el mal no tendrá la última palabra. No habrá tirano impune, ni injusticia olvidada, ni lágrima derramada en vano. Dios enjugará toda lágrima de los ojos de los redimidos (**Apocalipsis 21:4**), y eso sólo es posible porque el mal será desterrado definitivamente. El cielo no será un lugar donde el pecado flote en la sombra y la tierra será llena de esa misma justicia, y para que el Reino se manifieste con toda plenitud, debe terminar para siempre toda rebelión.

Por eso, hablar del lago de fuego no nos conduce a la desesperanza, sino a la reverencia, a la gratitud y al clamor. Reverencia, porque Dios es santo. Gratitud, porque Cristo nos rescató. Clamor, porque el mundo necesita escuchar. No somos espectadores neutrales de la eternidad. Somos testigos del Evangelio en medio de una generación que, muchas veces sin saberlo, camina hacia el juicio. Nuestra predicación no debe ser liviana. Nuestras oraciones no deben ser superficiales. Nuestro amor no debe ser indiferente.

El lago de fuego permanece como una realidad solemne, inamovible, temible... pero también como el telón de fondo que hace brillar la cruz como la más grande demostración de gracia jamás revelada. Allí donde la justicia se consume para siempre, comprendemos cuánto necesitábamos un Salvador. Y cuando miramos al Crucificado, comprendemos que la invitación sigue abierta mientras todavía es de día.

“El que quiera, venga y tome del agua de la vida gratuitamente.”

Apocalipsis 22:17



Capítulo nueve

ERRORES DE UNIVERSALISMO Y ANIQUILACIONISMO

“Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas.”

2 Timoteo 4:3 y 4

Cada generación de la Iglesia enfrenta tentaciones doctrinales que buscan suavizar, reinterpretar o directamente borrar aquellas verdades que resultan incómodas para la sensibilidad cultural dominante. En nuestros días, una de las verdades más atacadas, relativizadas o negadas es la doctrina bíblica de la condenación eterna.

No sorprende. Vivimos en una época que aborrece la idea de juicio, que idolatra la autoexpresión humana y que concibe el amor como aceptación ilimitada sin corrección moral. En ese contexto, afirmar que existe un infierno real, consciente, eterno y justo parece no sólo anticuado, sino ofensivo. Sin embargo, la fidelidad cristiana no consiste en

adaptar el Evangelio a la cultura, sino en proclamar la Palabra de Dios con amor y verdad.

Entre las corrientes principales que intentan redefinir el destino final del hombre encontramos el universalismo, la idea de que finalmente todos serán salvos, y el aniquilacionismo, la creencia de que los impíos serán destruidos o dejarán de existir en lugar de sufrir castigo eterno.

Ambas posturas se presentan frecuentemente como alternativas más compatibles con el amor de Dios. Sin embargo, al analizarlas a la luz de la Escritura, descubrimos que nacen más del deseo humano de eliminar el escándalo del juicio que de una exégesis fiel y reverente. La verdad es que Dios no necesita que tratemos de exculparlo, Él es justo y sabe lo que hace.

El universalismo afirma que, tarde o temprano, toda la humanidad será reconciliada con Dios. Algunos sostienen que esto sucederá inmediatamente después de la muerte. Otros proponen un proceso prolongado de purificación post-mortem. Pero el resultado final es siempre el mismo: nadie se perderá eternamente.

Esta idea proclama que al final, todos terminarán disfrutando de la presencia de Dios. En apariencia, esta doctrina suena compasiva y esperanzadora. ¿Quién no desearía que finalmente todos fueran salvos? El problema es que este deseo, aunque noble en términos humanos, entra en

conflicto frontal con el testimonio claro y persistente de las Escrituras.

Jesús habló repetidas veces de dos caminos, dos puertas, dos destinos. Dijo que el camino que lleva a la vida es angosto, y pocos son los que lo hallan, mientras que el camino que lleva a la perdición es ancho, y muchos entran por él (**Mateo 7:13 y 14**). Habló de un juicio donde unos irán al castigo eterno y otros a la vida eterna (**Mateo 25:46**).

Y cuando usó el término “*eterno*”, lo aplicó tanto a la vida como al castigo. Si el castigo fuera temporal, la vida también lo sería. Si uno se prolonga para siempre, el otro también. Jesús no dejó espacio para un final universalmente feliz. Lo que Él proclamó fue una separación real y permanente entre quienes creyeron en Él y quienes rechazaron Su gracia.

El universalismo también choca con la enseñanza apostólica. Pablo escribió acerca de los que “*no obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo*”, quienes sufrirán “*pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder*” (2 Tesalonicenses 1:8 y 9). La exclusión eterna no es compatible con la reconciliación universal. Tampoco puede armonizarse con las advertencias del libro de Apocalipsis, donde se habla de aquellos cuyo destino final es “*el lago que arde con fuego y azufre*” (Apocalipsis 21:8). La Biblia no sugiere que después de cierto tiempo estos condenados serán restaurados. El énfasis es persistente: el juicio es definitivo.

¿Por qué, entonces, el universalismo resulta tan atractivo? Porque promete alivio emocional. Quita el peso del evangelismo urgente. Reduce la angustia al pensar en los perdidos. Y sobre todo, libera a la conciencia moderna de la incomodidad de un Dios que juzga. El universalismo, en el fondo, no es una doctrina bíblica sino psicológica. Es el intento humano de resolver el misterio del amor y la justicia divinos a favor de una misericordia absoluta... pero desligada de la santidad. Sin embargo, si Dios no juzgara el pecado, dejaría de ser justo.

Si la obra de la cruz no fuera necesaria para salvarnos de la ira venidera, entonces el sacrificio de Cristo se convertiría en un acto trágico sin propósito real. Su muerte y Su resurrección dejan muy en claro, la justicia implacable de Dios. Él no pudo ni podrá pasar por alto una injusticia. La paga del pecado es muerte (**Romanos 6:23**), y por eso pagó con Su propia vida, sin concesiones y sin eludir responsabilidades.

El aniquilacionismo, por su parte, sostiene que los impíos no sufrirán eternamente, sino que serán destruidos. Según esta posición, el castigo final consiste en dejar de existir. No habría tormento consciente, sino extinción. Muchos que defienden esta postura lo hacen tratando de preservar la justicia de Dios, pues admiten que el pecado merece castigo, pero desean atenuar la idea de un sufrimiento eterno.

Algunos presentan este modelo como más coherente con el amor divino. Sin embargo, la pregunta clave no es qué

nos resulta más aceptable, sino qué revela la Escritura. Es absurdo que para acomodar nuestra consciencia procuremos cambiar la verdad eterna. Dios no deja de ser quien es, con toda su integridad por causa de una dura condena. Al contrario, Él puede amar ilimitadamente, pero Su esencia es la Santidad.

Es cierto que la Biblia usa términos como “destrucción”, “muerte” o “perecer” para describir el destino de los impíos. Jesús dijo: ***“El que no cree ya ha sido condenado” (Juan 3:18)*** y ***“el que no obedece al Hijo no verá la vida” (Juan 3:36)***. Pablo habló de ***“destrucción repentina” (1 Tesalonicenses 5:3)***. Pero estas expresiones no significan necesariamente aniquilación literal.

La “muerte” en la Biblia no consiste en dejar de existir, espiritualmente es la separación de Dios, porque Él es la vida misma (**1 Juan 5:12**), y la muerte física es la separación del alma y el cuerpo. La muerte espiritual es la separación del hombre de Dios. La muerte eterna es la separación definitiva, consciente y judicial del pecador rebelde de la presencia benevolente del Señor.

El propio Jesús describe el fuego del infierno como un lugar donde ***“el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9:48)***. Como mencioné anteriormente, en la parábola del rico y Lázaro, el hombre rico se encuentra en tormentos conscientes, puede hablar, puede sentir sed, puede recordar, puede reflexionar... pero no desaparece (**Lucas 16:22 al 24**). Y en Apocalipsis, tanto la bestia como el falso

profeta son arrojados al lago de fuego, y ***“serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos”*** (Apocalipsis 20:10). Siglos de los siglos. Un lenguaje difícil de reinterpretar en términos de cese del ser.

Es comprensible que esta doctrina nos estremezca. La eternidad del castigo es una realidad tan terrible que casi desborda nuestra capacidad emocional. Pero no somos libres de moldearla a nuestra medida. Cuando el aniquilacionismo insiste en que Dios destruirá al impío para evitar un sufrimiento interminable, corre el riesgo de minimizar la gravedad del pecado y la santidad de Dios.

El infierno no es una reacción exagerada. Es el justo resultado de una rebelión consciente contra el Creador. Lo que ocurrió en la cruz revela cuán serio es el pecado. Si la paga del pecado pudiera ser resuelta simplemente con la extinción, ¿por qué el Hijo de Dios tuvo que sufrir hasta la muerte? ¿Por qué la copa de la ira fue tan amarga?

El tercer gran error moderno no siempre adopta una forma doctrinal definida, pero es quizás el más extendido: el silenciamiento práctico del juicio. No se niega directamente el infierno. No se discuten abiertamente sus términos. Simplemente se deja de predicar. Se diluye. Se evita.

Se sustituye por un mensaje positivo, terapéutico, motivacional, centrado en la superación personal y la prosperidad presente. Así, sin atacar la doctrina explícitamente, se la vacía de su función pastoral. La Iglesia

pierde el sentido de urgencia, los creyentes pierden el temor reverente, y los pecadores pierden la oportunidad de escuchar la verdad que puede llevarlos al arrepentimiento.

Este silenciamiento es aún más grave que los errores doctrinales explícitos, porque no llama la atención. Se infiltra en sermones, libros, canciones, conferencias y ministerios que mantienen un lenguaje cristiano, pero evitan cuidadosamente toda referencia a la ira de Dios, al juicio final y al infierno.

Sin embargo, el Evangelio bíblico incluye estas realidades. Jesús vino para salvarnos **“de la ira venidera” (1 Tesalonicenses 1:10)**. Si no hay ira venidera, ¿de qué somos salvados? Si no hay tribunal eterno, ¿qué urgencia tiene la fe? Si no hay peligro real, ¿qué significado tiene la cruz? Tengamos claridad en esto: La ira venidera en la Biblia se refiere al juicio final y la retribución divina contra el pecado y la injusticia, un día de castigo para los impíos que se revelará plenamente con la segunda venida de Jesucristo, aunque Dios ya la demuestra en el presente.

Pastoralmente, debemos reconocer que muchos creyentes sinceros sienten conflicto interior con estas doctrinas. No todos los que dudan lo hacen por rebelión. Algunos cargan con el dolor de seres queridos incrédulos. Otros luchan con la idea de un infierno eterno porque aman profundamente a las personas. La respuesta de la Iglesia no debe ser dureza, sino acompañamiento compasivo.

Podemos llorar con los que lloran. Podemos sostener el misterio. Pero al mismo tiempo, no debemos ceder a la tentación de modificar la revelación divina para aliviar la tensión emocional. El amor no consiste en negar la realidad del peligro, sino en advertir con firmeza la verdad y expresarla con sincera compasión.

La fidelidad doctrinal no es un ejercicio académico desligado del corazón pastoral. Es cuidar la salud espiritual del pueblo de Dios. Cuando las iglesias adoptan posturas universalistas o aniquilacionistas, invariablemente se debilita la percepción del pecado, se trivializa el arrepentimiento, se reduce la urgencia misionera y se diluye la autoridad de la Escritura.

Si todo termina bien para todos, predicar el Evangelio deja de ser una necesidad y se convierte en una opción cultural. Si el castigo final no es eterno, la santidad divina se vuelve negociable. Y si la verdad puede adaptarse a la sensibilidad del momento, la Iglesia deja de ser columna y baluarte de la verdad (**1 Timoteo 3:15**).

Sin embargo, debemos evitar el extremo opuesto: predicar el infierno sin amor. No fuimos llamados a anunciar fríamente la condenación, sino a clamar que hay salvación en Cristo. El mensaje no es: “Ustedes van al infierno”, sino: “Cristo vino a buscarlos, a rescatarlos, a dar Su vida en rescate por muchos”. La doctrina del juicio eterno es el telón de fondo que da peso a la cruz. El propósito no es paralizar, sino despertar. No es quebrar, sino conducir al

arrepentimiento. La verdad sin amor hiere. El amor sin verdad engaña. El Evangelio une ambas realidades.

También debemos recordar que el infierno no es el centro del cristianismo. Cristo lo es. La finalidad de la Iglesia no es hablar obsesivamente del lago de fuego, sino predicar al Salvador. Sin embargo, hablar del Salvador implica necesariamente explicar de qué nos salva. Cuando Pablo resumía su mensaje, incluía tanto la gracia como el juicio (**Hechos 24:25**). Los apóstoles no tuvieron miedo de advertir. Tampoco nosotros deberíamos tenerlo, si lo hacemos con un corazón quebrantado y lleno de compasión.

En última instancia, la raíz de los errores modernos sobre la condenación eterna es el deseo de redefinir a Dios según nuestra medida. Queremos un Dios que consuele, pero no confronte, que sane pero no exija, que bendiga pero no gobierne. Pero el Dios de la Biblia es fuego consumidor (**Hebreos 12:29**) y al mismo tiempo rico en misericordia (**Efesios 2:4**). Es el Dios que juzga y el Dios que salva. No tenemos autoridad para escoger qué atributos preservar. Sólo podemos inclinarnos y declararlo santo.

Por eso, la Iglesia necesita volver a una fe humilde, sometida a la Palabra. Necesitamos reconocer que hay misterios que nos sobrepasan. Que el juicio eterno es una de esas realidades ante las cuales debemos decir: ***“Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso”*** (**Romanos 3:4**). No lo entendemos todo. No lo sentimos todo plenamente justo desde nuestra perspectiva limitada. Pero confiamos en el

carácter de Aquel que no puede errar. El Juez de toda la tierra que solo hará lo que es justo (**Génesis 18:25**).

Mientras esperamos el día del juicio, nuestra tarea no es debatir eternamente las posibilidades del más allá, sino proclamar con urgencia el Evangelio aquí y ahora. Hoy es el día aceptable. Hoy es el tiempo de salvación. Hoy, el que oye la voz del Señor no debe endurecer su corazón. Porque llegará el momento en que el tiempo termine, los libros se abran y el destino eterno quede sellado. En aquel día, no habrá universalismo ni aniquilación que valga. Sólo Cristo o separación eterna de Él.

Que esta verdad no nos conduzca al temor servil, sino al amor reverente. Que nos impulse a interceder por los perdidos, a predicar con fidelidad, a vivir en santidad, a abrazar la cruz. Porque, si bien la Biblia nos habla del infierno con claridad, lo hace para conducirnos al Salvador. Y allí, al pie de la cruz, comprendemos que nadie tiene por qué perderse eternamente. El camino al Padre está abierto. La gracia es real. La vida eterna es ofrecida a todo aquel que cree. Y ese mensaje, más que cualquier teoría moderna, es el verdadero escándalo de la gracia.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna.”

Juan 3:16

PARTE IV

“LA GRACIA Y LA URGENCIA DEL EVANGELIO”

Capítulo diez

LA CRUZ FRENTE AL JUICIO FINAL

“Y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.”

Colosenses 1:20

Si el juicio final revela la santidad inquebrantable de Dios, la cruz revela la gracia insondable de Su amor. Ambas realidades no pueden separarse. Donde la Escritura habla del tribunal eterno, también nos presenta al Cordero inmolado. Donde encontramos advertencia solemne, hallamos también una invitación tierna.

La Biblia no contrapone juicio y gracia; los presenta como dos caras de la misma moneda de la redención. Un Dios que no juzga no necesita enviar a Su Hijo a morir. Un Dios que juzga sin ofrecer gracia dejaría a la humanidad sin esperanza. En la cruz, ambas tensiones se resuelven de manera gloriosa. Allí vemos con claridad dónde cayó la condenación que nos correspondía.

Desde el inicio de la revelación bíblica, la justicia divina exige una respuesta ante el pecado. Dios no puede negar Su propio carácter. Él es Santo. Él es Justo. Él es Recto en todos Sus caminos. Por eso, aun cuando revela Su misericordia, no renuncia jamás a Su justicia. El pecado no puede ser ignorado, minimizado ni archivado. Debe ser tratado. Debe ser juzgado. Debe ser condenado.

La Escritura lo dice con contundencia: ***“La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23)***. No se trata de una ley impersonal, sino de una consecuencia moral inherente a la naturaleza del Dios justo. Todo pecado es, en esencia, una rebelión contra el Creador. Y toda rebelión contra el Creador merece condenación.

Aquí surge la gran pregunta de la fe cristiana: si todos hemos pecado, si todos hemos quedado destituidos de la gloria de Dios **(Romanos 3:23)**, si todos estamos bajo sentencia, ¿cómo puede Dios salvar al pecador sin dejar de ser justo? ¿Cómo puede perdonar sin comprometer Su santidad? ¿Cómo puede declarar justo al culpable sin pervertir el derecho? La respuesta divina no es un decreto arbitrario ni un simple acto de amnesia espiritual. La respuesta es la cruz.

La cruz no fue un accidente histórico. No fue sólo una ejecución romana más. No fue el resultado triste de una conspiración religiosa. Fue el cumplimiento del propósito eterno de Dios. Pedro lo predicó con claridad en Pentecostés: Jesús fue ***“entregado por el determinado consejo y***

anticipado conocimiento de Dios” (Hechos 2:23). La cruz estaba en el corazón del plan redentor desde antes de la fundación del mundo. Allí, el Hijo de Dios se ofreció a sí mismo como sustituto, cargando la condenación que nosotros habíamos acumulado.

La Escritura declara que Cristo fue hecho ***“pecado por nosotros” (2 Corintios 5:21).*** No significa que Él pecara, pues fue sin mancha, sin engaño, sin contaminación, sino que asumió legalmente nuestra culpa. Se identificó judicialmente con los pecadores. Llevó en Su cuerpo nuestros pecados sobre el madero **(1 Pedro 2:24).**

Sufrió no sólo físicamente, sino espiritualmente, cargando la ira santa de Dios contra el pecado. En ese sentido, la cruz es un evento escatológico adelantado: el juicio final irrumpiendo en la historia para caer sobre Cristo en lugar de caer sobre nosotros. Es por esto, que nosotros debemos vernos en ese madero, porque lo justo hubiese sido que nosotros ocupáramos ese lugar.

La doctrina que describe esta realidad se conoce como sustitución penal. “Sustitución”, porque Cristo tomó nuestro lugar. “Penal”, porque lo hizo cargando la pena del pecado. No fue simplemente un ejemplo de amor sacrificial, aunque también lo fue, sino un acto jurídico real en el que la justicia divina fue plenamente satisfecha.

Isaías lo vio siglos antes cuando escribió: ***“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros***

pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5). El castigo que correspondía a nuestra rebelión cayó sobre Él. Allí, en ese madero, se oyó el eco del juicio final.

Por eso Jesús clamó: ***“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46).*** No fue teatro espiritual. No fue una frase retórica. Fue el grito del Hijo perfecto experimentando, en nuestro lugar, el abandono judicial que le correspondía al pecador. Aquel que había disfrutado por la eternidad de la comunión ininterrumpida con el Padre, experimentó el peso del juicio divino. No porque Él lo mereciera, sino porque eligió voluntariamente pagar el precio de nuestra salvación.

Aquí comprendemos el corazón de la cruz: la condenación que debía caer sobre nosotros cayó sobre Cristo. Él no simplemente evitó el juicio; lo absorbió. No escapó de la ira; la bebió hasta la última gota. No se colocó a un lado del tribunal; se sentó en nuestro banquillo. Pablo lo expresa con claridad teológica: Dios presentó a Cristo ***“como propiciación por medio de la fe en su sangre... para manifestar su justicia” (Romanos 3:25 y 26).*** La cruz demuestra que Dios no pasa por alto el pecado. Lo juzga. Pero lo juzga en Cristo para que los que creen en Él sean declarados justos.

De este modo, la justicia divina queda plenamente satisfecha. No se relativiza. No se suspende. No se diluye. Al contrario, resplandece con mayor fuerza. Porque si Dios

hubiera dejado el pecado sin castigo, Su justicia se habría comprometido.

Pero en la cruz, castigó el pecado de manera perfecta... mientras salvaba al pecador arrepentido. En Cristo, Dios sigue siendo ***“justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”*** (Romanos 3:26). El Evangelio no es el anuncio de que Dios decidió relajar Sus estándares morales, sino la proclamación de que Cristo cumplió plenamente con ellos en nuestro lugar.

Sin embargo, la cruz no sólo satisface la justicia; también revela la magnitud de la misericordia. Porque nadie obligó a Dios a salvarnos. Nadie lo presionó. Nadie le exigió. Fue el amor eterno del Padre el que envió al Hijo (**Juan 3:16**). Fue la obediencia perfecta del Hijo la que lo llevó a la cruz: ***“se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”*** (Filipenses 2:8), y fue el Espíritu Santo quien aplicó esta obra a nuestros corazones. La cruz es la intersección gloriosa del amor trinitario. Allí, la misericordia no anula la justicia, sino que actúa a través de ella.

Por eso, hablar del juicio sin la cruz produce desesperación. Pero hablar de la cruz sin el juicio produce superficialidad. Necesitamos ambas realidades. El creyente que comprende que su culpabilidad real cayó sobre Cristo no puede seguir viviendo como si el pecado fuera un juego inofensivo. La gracia deja de ser barata. El arrepentimiento deja de ser liviano. La santidad deja de ser opcional. La cruz

nos confronta con el precio infinito de nuestra redención: ***“habéis sido comprados por precio”*** (1 Corintios 6:20). Ese precio fue la sangre del Hijo de Dios.

Al mismo tiempo, la cruz nos libera del temor paralizante al juicio final. Jesús declaró: ***“El que oye mi palabra y cree al que me envió tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, más ha pasado de muerte a vida”*** (Juan 5:24). El creyente no niega el juicio. Lo reconoce.

Pero sabe que su condenación ya fue ejecutada... en Cristo. No porque merezca nada, sino porque ha sido unido por la fe al Crucificado. En Él, la sentencia fue pronunciada y cumplida. Por eso Pablo proclama con gozo: ***“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”*** (Romanos 8:1).

La sustitución penal no es un concepto frío. Es una realidad apostólica profundamente consoladora. Significa que el pecado que nos atormenta, la culpa que nos persigue y el pasado que nos acusa, no tienen la última palabra. Si estamos en Cristo, nuestro juicio ocurrió hace dos mil años en el Calvario. La deuda ya fue pagada. La justicia ya fue satisfecha. La ira ya fue apaciguada. La cruz se convierte entonces en el lugar de descanso del alma:

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”

Romanos 5:1

Pero esta misma verdad produce en nosotros un sentido renovado de misión. Si Cristo cargó la condenación por los pecadores, si la única esperanza de escapar del juicio eterno es estar en Él, entonces el Evangelio no puede ser opcional. No se trata de una oferta religiosa entre muchas. Es la única puerta de salvación. Es el único camino para ser librado de la ira venidera. De aquí nace la urgencia misionera, el celo evangelístico, la pasión pastoral. No predicamos para entretener. Predicamos porque sabemos que el juicio es real... y que la cruz es suficiente.

También debemos afirmar que la cruz revela el verdadero significado del amor de Dios. En nuestra cultura, el amor se ha reducido frecuentemente a un sentimiento de aceptación incondicional. Pero el amor bíblico es santo, sacrificial, redentor. Dios no nos amó diciendo: “Sus pecados no importan”. Nos amó entregando a Su Hijo para pagar por ellos. Nos amó asumiendo Él mismo el costo. Nos amó sirviéndose del juicio como instrumento de redención. Ese amor no destruye la justicia; la honra. No trivializa el pecado; lo expía. No relativiza el juicio; lo toma sobre sí.

La cruz también expone la gravedad del rechazo a Cristo. Si la condenación cayó sobre Él, ¿qué ocurrirá con aquellos que desprecian este sacrificio? La Escritura es clara: ***“¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (Hebreos 2:3).*** Negarse a Cristo no es simplemente una opción espiritual neutra. Es rechazar la única provisión divina para escapar del juicio. Es tratar como innecesaria la sangre del Hijo de Dios. Es pesadísima la

responsabilidad que pesa sobre el corazón humano que escucha el Evangelio y endurece su corazón.

Sin embargo, mientras el tiempo de la gracia continúa, la cruz permanece abierta como un refugio para todo pecador arrepentido. No hay pecado demasiado oscuro. No hay historia demasiado rota. No hay pasado demasiado pesado. La cruz es lo suficientemente grande como para sostener el juicio que nos correspondía, y lo suficientemente dulce como para ofrecernos perdón, adopción y nueva vida. Por eso, la proclamación cristiana nunca debe detenerse en el infierno. Debe conducir a Cristo. Él es el centro. Él es la respuesta. Él es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (**Juan 1:29**).

El juicio final, entonces, no produce desesperación en nosotros, sino esperanza sobria. Porque sabemos que nuestro juez es también nuestro Redentor. Sabemos que el tribunal donde debemos comparecer ya ha sido atravesado por la gracia divina. Sabemos que el que viene en gloria es el mismo que un día sufrió en la cruz por nosotros. La fe no niega el tribunal. Se ampara en la cruz. Desde allí, vivimos, servimos, perseveramos y esperamos.

Por eso, la Iglesia del Señor debe volver a predicar con claridad dónde cayó la condenación. No sobre nuestra reforma moral. No sobre nuestro esfuerzo religioso. No sobre nuestra espiritualidad subjetiva. Cayó sobre Cristo. El Evangelio no es un llamado a mejorar, sino a creer. No es una invitación a compensar, sino a confiar. No es una propuesta

terapéutica, sino una proclamación judicial: la condenación fue ejecutada, la justicia fue satisfecha, la misericordia fue ofrecida... en la cruz.

Y ese es el lugar donde la eternidad se encuentra con el tiempo, donde el juicio se encuentra con la gracia, donde el pecador se encuentra con Dios... Allí, al pie del madero.

“Esta justicia de Dios llega mediante la fe en Jesucristo a todos los que creen... siendo justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por su sangre para ser recibido por la fe.”

Romanos 3:22 y 25



Capítulo once

GRACIA COSTOSA Y ARREPENTIMIENTO VERDADERO

Jesús dice:

*“No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al
arrepentimiento.”*

Lucas 5:32

Si la cruz nos muestra dónde cayó la condenación, ahora debemos mirar qué tipo de respuesta produce en el corazón humano. Porque la gracia de Dios nunca llega como una teoría fría, ni como un concepto académico que examinamos con distancia. La gracia es un impacto, una irrupción, una herida santa en el alma. Cuando la gracia toca verdaderamente al hombre, nada vuelve a ser igual.

El arrepentimiento no es entonces una obligación religiosa, sino la respuesta inevitable de un corazón que ha sido alcanzado por el amor inmerecido de Dios. Sin embargo, en tiempos como los nuestros, la gracia ha sido muchas veces reducida a un eslogan sentimental, y el arrepentimiento a una simple decisión personal o cierto formalismo superficial. Por

eso, necesitamos volver a contemplar la gracia en su costo y el arrepentimiento en su verdad.

La Escritura nunca presenta la gracia como algo barato. La salvación es gratuita para nosotros, pero no fue barata para Dios. Nos es dada sin precio, pero fue adquirida con sangre. ***“Sabéis que fuisteis rescatados... no con cosas corruptibles... sino con la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1:18 y 19).*** La gracia costó la vida del Hijo de Dios. Costó el sudor de sangre del Getsemaní. Costó el grito de abandono en la cruz. Costó el peso del juicio que cayó sobre Él. Por eso, llamarla “barata” es un insulto al sacrificio del Cordero.

Sin embargo, cuando la gracia se predica desconectada del juicio, cuando se ofrece sin revelación, cuando se transforma en simple consuelo psicológico, inevitablemente se vuelve liviana. Ya no demanda nada. Ya no confronta. Ya no transforma. Se convierte en una gracia que tolera el pecado, que no exige cambio, que se conforma con una fe superficial. Es una gracia que perdona sin santificar, que consuela sin confrontar, que afirma sin redimir. No es la gracia de Cristo, sino una imitación que opera como anestesia espiritual.

La Biblia, en cambio, une indisolublemente gracia y arrepentimiento. Jesús comenzó Su ministerio proclamando: ***“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 4:17).*** No dijo simplemente “crean”, sino

“arrepíentanse”. El problema es que nadie accedió con revelación a ese cambio de pensamiento.

Pablo predicaba ***“arrepentimiento para con Dios, y fe en nuestro Señor Jesucristo”*** (Hechos 20:21). La fe verdadera nace del arrepentimiento, y el arrepentimiento verdadero conduce a la fe. No se trata de dos caminos alternativos, sino de dos dimensiones del mismo regreso a Dios. Lo que debemos asumir, es que así como la fe es un don de Dios, el arrepentimiento es el resultado de Su iluminación.

Por eso, debemos preguntarnos ¿qué es el arrepentimiento? No es solamente sentir culpa. No es experimentar remordimiento emocional. No es llorar por las consecuencias del pecado. Judas sintió remordimiento, pero no se arrepintió. El arrepentimiento bíblico es una conversión profunda del corazón, una transformación del pensamiento, una rendición del alma y eso implica necesariamente una intervención divina.

La palabra griega principal para “arrepentimiento”, especialmente en el Nuevo Testamento, es *“metanoia”*, que literalmente significa un “cambio de mente” o “cambio de pensamiento”. Es volvernos a Dios, alejándonos del pecado. Es reconocer que Él tiene razón y nosotros no. Es aceptar Su diagnóstico y abandonar nuestra autojustificación. Es un cambio radical de dirección interior, que inevitablemente se manifiesta en la vida.

Por tal motivo, el arrepentimiento es algo a lo que no podemos llegar por conclusión mental, porque nuestra mente operaba en tinieblas, y éramos enemigos de Dios en nuestra mente (**Colosenses 1:21**). La demanda de arrepentimiento dejó en claro la incapacidad humana y la gracia que no solo hizo el trámite judicial, sino que nos alcanza por medio de la obra del Espíritu Santo, otorgándonos la vida y la luz necesaria para comprender.

La Escritura dice que ***“la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse”*** (2 Corintios 7:10). No toda tristeza produce arrepentimiento. Algunos lloran sólo por el dolor que les produce el pecado, pero no por el pecado mismo. Otros se lamentan por las consecuencias, pero no por la ofensa.

El arrepentimiento verdadero se produce por iluminación. Es obtener la gracia de la comprensión, que el pecado no sólo nos perjudica a nosotros, sino que hiere el corazón santo de Dios. David, tras su caída, no se excusó. No negó su culpa. No minimizó sus hechos, sino que clamó: ***“Contra ti, contra ti solo he pecado”*** (Salmo 51:4). Esa es la voz del arrepentimiento real producido por la obra soberana.

Cuando la gracia es costosa, el arrepentimiento no puede ser superficial, debe ser generado por la misma gracia. No puede limitarse a una oración repetida mecánicamente, porque sin la obra soberana de Dios, ningún hombre cambia

su manera de pensar. No puede quedarse en una decisión emocional, debe ser el resultado de la luz.

El arrepentimiento verdadero implica rendición. Implica entrega. Implica muerte al yo y nadie determina eso, sin la obra del Espíritu Santo. Jesús no llamó a la gente simplemente a añadir un poco de espiritualidad a sus vidas, sino a negarse a sí mismos, tomar su cruz y seguirle (**Mateo 16:24**). Eso no es legalismo cuando se entiende desde la revelación. Es la lógica misma de la gracia que demanda lo que también otorga. Es por eso, que, quienes hemos sido rescatados por la sangre del Cordero ya no nos pertenecemos.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.”

Gálatas 2:20

La gracia costosa también nos libra del engaño del orgullo espiritual. Nadie que haya conocido la profundidad de su pecado y la magnitud del sacrificio de Cristo puede gloriarse en sí mismo. El arrepentimiento no es una obra que presentamos a Dios como mérito, sino una respuesta que el Espíritu produce en nosotros. Es gracia en acción. Es la humillación santa por la cual dejamos de mirarnos a nosotros mismos y levantamos los ojos al Crucificado. Allí el alma se quiebra... pero es restaurada.

Sin embargo, en muchos contextos cristianos actuales, el arrepentimiento ha sido sustituido por afirmaciones superficiales. Se invita a la gente a “aceptar a Jesús” sin confrontar el pecado. Se proclama un Cristo que sana, prospera, restaura relaciones, da propósito y paz... pero se evita hablar de la ira venidera, del juicio, de la muerte al yo, de la santidad. Así surgen creyentes que desean los beneficios del Reino, pero no la autoridad del Rey. Personas que quieren perdón, pero no transformación. Fe sin arrepentimiento verdadero. Gracia sin cruz. Evangelio sin juicio.

Ese evangelio mutilado no salva. Puede producir experiencias emocionales, puede llenar auditorios, puede generar movimientos religiosos... pero no genera nueva vida. Sin arrepentimiento no hay regeneración. El evangelismo no consiste en sistemas, sino en la obra soberana de la unción. Sin la obra del Espíritu Santo no hay arrepentimiento y sin arrepentimiento no hay conversión verdadera.

La gracia costosa también transforma nuestra relación con el pecado. El que ha conocido el perdón no utiliza la gracia como excusa, sino como motivación para la santidad. Pablo tuvo que corregir a algunos que concluían: ***“¿Persistiremos en el pecado para que la gracia abunde?” (Romanos 6:1).*** Su respuesta fue contundente: ***“¡En ninguna manera!”*** Quien ha muerto al pecado, ¿cómo vivirá todavía en él? La gracia que perdona es la misma gracia que nos enseña a renunciar a la impiedad y a vivir sobria, justa y

piadosamente (**Tito 2:11 y 12**). La gracia no elimina la obediencia; la capacita.

Arrepentirse tampoco significa volverse perfecto inmediatamente. El creyente sigue luchando. Sigue cayendo en ocasiones. Sigue necesitando perdón. Pero la dirección de su vida ha cambiado. Ya no defiende su pecado. Ya no se deleita en él. Ya no lo justifica. Lo confiesa. Lo aborrece. Lo combate. Lloro delante de Dios. Busca ayuda. Ese es el aroma del arrepentimiento verdadero: humildad continua. Contrición creciente. Dependencia constante de la gracia.

Pastoralmente, esta comprensión es vital. No buscamos producir culpa permanente ni esclavitud emocional. No llamamos al arrepentimiento para destruir, sino para sanar. El arrepentimiento es un regalo. Es una gracia. Es Dios concediendo la oportunidad de volver a casa. Es el Padre corriendo hacia el hijo pródigo cuando todavía está lejos (**Lucas 15**). El arrepentimiento no nos introduce en un tribunal frío, sino en los brazos de un Padre que nos recibe, nos limpia, nos restaura y nos da nueva vida.

Sin embargo, volver a casa implica dejar la tierra lejana. No se puede amar al Padre y permanecer voluntariamente en el pecado. No se puede recibir la gracia y despreciar Su santidad. El arrepentimiento verdadero siempre produce fruto. Juan el Bautista lo expresó con claridad: ***“Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento”*** (**Mateo 3:8**). Ese fruto no es la causa del perdón, sino su

evidencia. La fe que no transforma la vida no es fe viva, sino muerta.

La gracia costosa también marca la vida de la Iglesia. Una iglesia que comprende la cruz no tolera un cristianismo superficial. No reduce el discipulado a asistir a reuniones. No convierte la fe en entretenimiento. No mide su éxito por números, sino por transformación. Una iglesia que vive bajo la cruz predica con claridad. Ora con quebranto. Sirve con humildad. Camina en santidad. Anhela la presencia de Dios más que el aplauso humano. No endurece el corazón frente al pecado, ni pierde la ternura frente al caído. La cruz forma comunidades donde la verdad y el amor caminan juntos.

Al mismo tiempo, la gracia costosa nos protege del moralismo frío. Porque sabemos que no fuimos salvados por nuestro arrepentimiento, sino por Cristo. Él es la base. Él es el fundamento. Él es la justicia. Nuestro arrepentimiento no compra la gracia; la recibe. No la merece; la abraza. No la genera; responde a ella. Por eso, el cristiano vive permanentemente agradecido. No obedece para ser amado. Obedece porque ha sido amado de manera infinita.

En este punto, volvemos a mirar el juicio final. Los creyentes no tememos la condenación, pero tampoco vivimos en ligereza. Sabemos que daremos cuentas ante el tribunal de Cristo. Sabemos que nuestras obras serán probadas (**1 Corintios 3:13**). Sabemos que la gracia nos llama a vivir de manera digna el Evangelio. Sabemos que fuimos comprados a gran precio. Sabemos que pertenecemos a Otro. Y en ese

temor reverente, encontramos libertad. Porque la gracia costosa no nos oprime; nos libera. Nos libera del pecado, del miedo, del orgullo, y de la esclavitud del yo.

El mundo necesita ver este tipo de cristianismo. No una religión estricta sin gracia. No una gracia superficial sin verdad. Sino un pueblo quebrantado por la cruz y transformado por el arrepentimiento. Hombres y mujeres que seamos capaces de llorar por nuestro pecado, pero que a la vez descansemos en la gracia. Que vivamos en santidad, pero no en soberbia. Que prediquemos la verdad, pero con lágrimas en los ojos. Que corramos hacia los perdidos, sabiendo que la misma gracia que nos alcanzó a nosotros puede alcanzar a cualquiera.

En definitiva, la gracia costosa nos conduce al asombro. ¿Cómo es posible que el Juez del universo cargara con nuestra condenación? ¿Cómo es posible que nos haya amado hasta el extremo? ¿Cómo es posible que nos haya dado Su justicia? Cuando estas preguntas arden en nuestros corazones, el arrepentimiento deja de ser una obligación dolorosa y se convierte en un acto de adoración. Nos postramos. Entregamos todo. Y decimos: *“Señor, ya no quiero vivir para mí. Quiero vivir para Aquel que murió y resucitó por mí”* (2 Corintios 5:15).

Y así, la gracia nos conduce siempre de vuelta a la cruz. Allí comienza el arrepentimiento, porque fue en esa cruz que nuestra mente carnal también fue crucificada. Allí encuentra su fundamento para la vida nueva. Allí halla su

poder. Allí descansa su esperanza, porque solo la cruz abrió paso al poder de la resurrección.

“¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo! Por su gran misericordia, nos ha hecho nacer de nuevo mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para que tengamos una esperanza viva.”

1 Pedro 1:3



Capítulo doce

PREDICAR EL INFIERNO DEMANDA UNCIÓN

“El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados; a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya.”

Isaías 61:1 al 3

Hablar del infierno nunca fue fácil. No lo fue para Jesús, no lo fue para los apóstoles, no lo fue para los profetas y no lo ha sido para la Iglesia fiel a lo largo de los siglos. El infierno no es un tema cómodo, ni agradable, ni popular. Ningún pastor que ame a su congregación disfruta predicando sobre el juicio eterno. Y, sin embargo, lo hacemos, no porque nos deleite, sino porque Dios ha hablado.

Predicar el infierno es un acto de fidelidad. Callar sobre él, cuando Dios ha advertido con tanta claridad, sería un acto de infidelidad ministerial.

Pero la cuestión no es solamente qué predicamos, sino cómo lo predicamos. La Escritura no sólo nos da contenido doctrinal; también nos muestra el corazón con el que ese contenido debe ser comunicado. Jesús habló del infierno con autoridad, pero también con compasión. Lloró sobre Jerusalén. Miró a las multitudes y tuvo compasión de ellas. Advirtió con firmeza, pero con lágrimas en el alma. El verdadero predicador cristiano no levanta la doctrina del infierno como una espada de orgullo, sino como una señal de advertencia levantada en el poder de la unción.

La tentación de perder el corazón pastoral es real. A lo largo de la historia han existido voces que hablaron del infierno con un tono casi excitado, como si el juicio de los demás confirmara su propia superioridad moral. Esa actitud contradice completamente el espíritu de Cristo. El pastor que predica el infierno debe ser el primero en hacerlo de rodillas. Debe sentirse profundamente humillado por la realidad de que él mismo merecía esa condenación, y que sólo por la gracia de Dios fue rescatado. No puede hablar como juez, sino como testigo de la gracia.

Predicar el infierno, entonces, comienza con una profunda convicción interior de la santidad de Dios. No hablamos del juicio como si fuera una arbitrariedad divina, sino como expresión necesaria del carácter Santo del Señor.

Cuando Isaías vio la gloria de Dios, no comenzó señalando los pecados de otros. Clamó: **“¡Ay de mí!” (Isaías 6:5)**. El predicador que contempla la santidad de Dios se reconoce primero pecador perdonado antes que maestro de otros. Ese reconocimiento lo protege del orgullo espiritual y le da un tono de quebranto santo.

Pero también predicamos el infierno porque amamos a las personas. Nadie avisa de un precipicio por crueldad. Nadie advierte de una tormenta por malicia. Nadie suplica que alguien abandone una casa en llamas por deseo de control. Lo hace por amor. Del mismo modo, el pastor que advierte sobre el infierno no lo hace para manipular emocionalmente, sino para rescatar. Pablo lo expresó cuando dijo: ***“Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres” (2 Corintios 5:11)***. Persuadir no es intimidar. No es humillar. No es aterrorizar. Es suplicar con urgencia, pero con respeto.

Al mismo tiempo, no debemos caer en el extremo contrario: callar por miedo al rechazo. El amor verdadero no oculta la verdad. Jesús dijo más sobre el infierno que cualquier otro en la Biblia. Lo hizo porque sabía lo que estaba en juego. Él no necesitaba ganar popularidad. No estaba buscando agradar a los líderes religiosos. No medía Sus palabras por la reacción del público. Hablaba lo que el Padre le había dado para hablar. Nosotros tampoco tenemos autoridad para silenciar lo que Dios ha revelado.

Predicar el infierno exige claridad bíblica. No predicamos caricaturas ni exageraciones sensacionalistas. No alimentamos la imaginación morbosa. No manipulamos con lenguaje teatral. Simplemente exponemos lo que la Escritura enseña con sobriedad. Que hay un juicio final (**Hebreos 9:27**). Que existen dos destinos eternos (**Mateo 25:46**). Que el infierno es real, consciente y permanente (**Marcos 9:43 al 48**). Que aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida serán lanzados al lago de fuego (**Apocalipsis 20:15**). Y que Cristo vino a salvarnos de esa condenación (**Juan 3:16 al 18**).

El corazón pastoral también se expresa en el tono en que predicamos. El tono no es un detalle menor. Es parte del mensaje. Podemos decir palabras correctas con un espíritu incorrecto y distorsionar la verdad que proclamamos. Por eso, el fracaso no consiste solamente en enseñar doctrinas falsas, sino también en enseñar doctrinas verdaderas sin amor. Pablo dijo que, aunque tuviera toda la ciencia, si no tiene amor, nada es (**1 Corintios 13**). Predicar el infierno sin amor es traicionar el Evangelio que decimos defender.

El ministro que predica el juicio debe examinar su corazón. ¿Hay orgullo? ¿Hay dureza? ¿Hay ira no resuelta contra las personas a quienes predica? ¿Hay resentimiento? ¿Hay deseo inconsciente de condenar? Si es así, debe callar por un momento y postrarse ante Dios. Porque el infierno no es un arma retórica. Es una realidad eterna. Y quien lo predica debe hacerlo bajo la unción del Espíritu Santo, de lo contrario solo ofende a los oyentes.

Predicar el infierno también implica mostrar siempre el camino de escape. Nunca deberíamos hablar del juicio sin hablar inmediatamente de la cruz. El propósito de la advertencia es conducir a Cristo. Jesús no vino al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él (**Juan 3:17**). La predicación cristiana no se detiene en el infierno; culmina en el Calvario. Allí, el pecador descubre que el castigo que merecía fue asumido por Otro. Allí encuentra refugio. Allí halla gracia.

Por eso, un sermón que sólo habla del infierno puede ser tan incompleto como un sermón que nunca lo menciona. La verdad plena implica ambas realidades: el peligro del juicio y la esperanza de la gracia. Cuando la Iglesia las mantiene juntas, su mensaje adquiere profundidad, peso moral y poder espiritual. Cuando separa una de la otra, inevitablemente cae en el extremo del terror sin esperanza... o de la esperanza sin verdad.

La predicación pastoral del infierno también debe nacer de la oración. No se prepara simplemente en la mente. Se gesta en la presencia de Dios. Se elabora con Biblia abierta y corazón quebrantado. Se sostiene en intercesión por los oyentes. Se suplica que el Espíritu Santo sea quien convenza de pecado, justicia y juicio (**Juan 16:8**). Porque ningún argumento humano, por sólido que sea, puede producir arrepentimiento verdadero. Sólo el Espíritu Santo abre los ojos del corazón.

Además, predicar el infierno tiene un efecto santificador sobre la Iglesia. Nos recuerda que la eternidad es real. Que la vida cristiana no se trata de religiosidad superficial, sino de caminar en santidad. Que no podemos jugar con el pecado. Que no podemos domesticar a Dios. Que nuestra adoración debe ser reverente, y nuestra obediencia, sincera. Al mismo tiempo, nos guarda de la ligereza espiritual, nos libra de la mundanidad y nos orienta hacia la misión.

El pastor que predica el infierno también debe estar dispuesto a cargar con el costo. Algunas personas se ofenderán. Otras se resistirán. Algunas acusarán de dureza o fanatismo. En una cultura donde el amor se define como aceptación absoluta, la doctrina del infierno parece incompatible con la compasión. Pero debemos recordar que Jesús, el hombre más amoroso que jamás caminó sobre la tierra, habló del infierno más que nadie. Su amor no anulaba la verdad; la iluminaba.

Predicar el infierno sin perder el corazón pastoral también significa comprender la fragilidad humana. No todos los oyentes están en la misma situación. Algunos vienen profundamente heridos. Otros luchan con culpa abrumadora. Otros se encuentran en crisis moral. El predicador sensible pedirá sabiduría al Espíritu Santo para aplicar la verdad de manera sabia. No se trata de diluir el mensaje, sino de ministrarlo con discernimiento. La Palabra de Dios es espada... pero en manos del Buen Pastor.

Y, finalmente, predicar el infierno nos recuerda nuestra propia pequeñez. Nos recuerda que somos siervos, no señores del mensaje. Que somos heraldos, no autores. Que un día también compareceremos ante Cristo, no para condenación, pero sí para rendir cuentas. Esa conciencia nos libra del orgullo ministerial y nos ancla en la humildad.

El infierno no es el centro del cristianismo. Cristo lo es. Pero ignorar el infierno empobrece el Evangelio, distorsiona la cruz y debilita la Iglesia. Predicarlo con lágrimas, con amor, con verdad, con gracia, con reverencia y con profunda dependencia del Espíritu Santo es uno de los mayores actos de fidelidad pastoral.

Porque amamos a las almas, advertimos. Porque contemplamos la cruz, proclamamos gracia. Porque tememos a Dios, permanecemos fieles. Y porque esperamos la eternidad, predicamos con urgencia. Así, la Iglesia seguirá siendo columna y baluarte de la verdad.

“Pues Dios nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, sino por su propia determinación y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo.”

2 Timoteo 1:9 NVI



Capítulo trece

LA IGLESIA QUE AMA ADVIERTE DEL JUICIO FINAL

“Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?”

1 Pedro 4:17

Una Iglesia que comprende la eternidad no puede vivir en silencio. No puede encerrarse en sí misma. No puede transformar el Evangelio en un mensaje de autoayuda. No puede reducir su misión a sostener actividades religiosas. Una Iglesia consciente del juicio final entiende que su existencia en el mundo tiene un carácter profundamente profético. No en el sentido meramente predictivo, sino en el sentido bíblico de ser voz de Dios para la generación presente.

Una Iglesia que ama a su Señor y ama a las almas no puede callar las verdades eternas, aunque incomoden, aunque

no sean populares, aunque choquen contra la sensibilidad cultural. Advertir no es un acto de dureza; es un acto de amor.

A lo largo de la Escritura, Dios levantó hombres y mujeres que hablaron en Su nombre, muchas veces en medio de una sociedad que no quería escuchar. Jeremías fue enviado a una nación que había endurecido su corazón. No les habló lo que querían oír, sino lo que necesitaban oír. Y aunque fue rechazado, golpeado, encarcelado y despreciado, siguió proclamando la Palabra porque el fuego de Dios ardía en su interior (**Jeremías 20:9**). Ese es el corazón profético: no se sostiene en el aplauso, sino en la fidelidad.

En el Nuevo Testamento, la Iglesia hereda ese rol. Pablo describe a la Iglesia como “*columna y baluarte de la verdad*” (**1 Timoteo 3:15**). Una columna sostiene. Un baluarte protege. La Iglesia no crea la verdad; la guarda. No inventa el mensaje; lo proclama. No acomoda la Palabra al mundo; presenta la Palabra del Dios eterno al corazón del mundo caído. Y dentro de esa verdad está incluida la realidad del juicio, del infierno, de la condenación eterna... pero también la gracia, la reconciliación y la esperanza que hay en Cristo.

Una Iglesia que ama lo suficiente como para advertir no es una Iglesia obsesionada con el infierno, sino una Iglesia obediente a la verdad completa del Evangelio. Reconoce que el mayor acto de crueldad espiritual sería dejar a las almas caminar tranquilamente hacia la eternidad sin advertirles del peligro real que enfrentan. Jesús mismo habló del ladrón que

viene para hurtar, matar y destruir (**Juan 10:10**). Habló del fuego eterno (**Mateo 25:41**). Habló de la puerta estrecha (**Lucas 13:24**). Y cuando miró a Jerusalén, lloró, porque no conoció el tiempo de su visitación (**Lucas 19:41 al 44**). Jesús no fue indiferente. Jesús no se distanció emocionalmente del destino de los perdidos. Jesús amó y advirtió.

Este espíritu debe caracterizar a la Iglesia en cada generación. Pero hoy, más que nunca, nos encontramos en una cultura que rechaza toda forma de advertencia moral. Vivimos en una sociedad que idolatra la autonomía personal. Donde decir “esto está mal delante de Dios” es visto como intolerancia. Donde llamar al arrepentimiento es considerado abuso espiritual. Donde hablar del infierno es visto como manipulación emocional. En este contexto, la Iglesia enfrenta una tentación muy sutil: suavizar el mensaje hasta hacerlo inofensivo.

Hay iglesias que, en su deseo de alcanzar a los perdidos, han terminado silenciando al Dios que juzga. Han transformado el Evangelio en un mensaje de bienestar emocional, motivación personal y desarrollo interior. Cristo es presentado como un coach espiritual, no como Señor y Juez. La cruz se convierte en símbolo de amor humano, no en el lugar donde cayó la condenación. El pecado se redefine como “quebranto emocional” o “desconexión interior”, no como rebelión ante el Dios Santo. Y el infierno simplemente desaparece del vocabulario. Pero una Iglesia que ama no debe callar, debe entregar el mensaje completo.

Advertir no es una opción ministerial. Es una responsabilidad sagrada. Dios le dijo a Ezequiel que, si veía venir la espada y no advertía, la sangre del pueblo sería demandada de su mano (**Ezequiel 33:6 y 7**). Este texto no fue escrito para aterrorizar al siervo de Dios, sino para recordarle la solemnidad de su llamamiento. El pastor, el maestro, el evangelista, el líder espiritual, no es un animador religioso. Es un atalaya. Vigila las murallas espirituales de su generación. Y si ama, debe hablar.

Sin embargo, advertir no significa condenar indiscriminadamente. No es gritar desde la superioridad moral. No es rasgar la ropa por los pecados ajenos mientras se ignoran los propios. La Iglesia advierte como quien ha sido rescatado del mismo fuego. Advierte con humildad. Advierte con lágrimas. Advierte con gracia. Advierte extendiendo la mano, no señalando con el dedo. Advierte recordando que también ella merecía la condenación, pero fue alcanzada por la misericordia de Dios.

Por eso, el rol profético de la Iglesia no se reduce a denunciar el pecado del mundo. Comienza denunciando el pecado dentro de ella misma. Pedro dijo que ***“el juicio comienza por la casa de Dios”*** (1 Pedro 4:17). Una Iglesia que vive en hipocresía pierde autoridad espiritual para advertir. Cuando la Iglesia tolera el pecado en su interior, cuando persigue el poder y el prestigio, cuando ama más la aprobación humana que la fidelidad al Señor, su voz profética se debilita. El mundo ya no escucha advertencias de labios que se parecen demasiado a él.

La Iglesia que ama lo suficiente como para advertir primero se postra ante Dios. Busca santidad. Se arrepiente. Purifica sus motivaciones. Clama por un avivamiento de temor reverente. Y luego, desde la limpieza interior, anuncia al mundo: ***“Reconciliaos con Dios” (2 Corintios 5:20).*** Pablo describe a la Iglesia como embajadores de Cristo. Un embajador no negocia el mensaje. No adapta el contenido. Representa fielmente al Rey. Del mismo modo, la Iglesia representa a Cristo ante el mundo. Y Cristo no dejó dudas sobre la eternidad.

Pero la advertencia de la Iglesia no se limita al mensaje verbal. También se encarna en su manera de vivir. Una Iglesia que cree en el juicio final vive con un sentido de urgencia. No pierde el tiempo en disputas triviales. No se consume en peleas internas. No se distrae con agendas secundarias. Vive a la luz de la eternidad. Sus prioridades cambian. La misión se vuelve central. La oración deja de ser ritual y se convierte en batalla espiritual. El servicio deja de ser activismo y se transforma en un acto de adoración.

Esta Iglesia también ama a los perdidos de manera práctica. No sólo les advierte; los abraza. No sólo les predica; los acompaña. No sólo les dice la verdad; los sirve. Jesús no predicó desde la distancia. Caminó entre las multitudes. Sanó enfermos. Tocó leprosos. Comió con pecadores. Lloró con los que lloran. La Iglesia que advierte debe parecerse a su Señor. No puede ser una comunidad aislada del dolor del mundo. Debe encarnar el amor de Dios mientras proclama Su verdad.

El rol profético de la Iglesia frente a la eternidad también incluye un llamado continuo a la esperanza. Porque la advertencia bíblica nunca termina en desesperación. Cada anuncio de juicio en la Escritura está impregnado de invitaciones al arrepentimiento. Dios no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (**2 Pedro 3:9**). La Iglesia no advierte para desalentar, sino para salvar. No habla del infierno para aplastar, sino para conducir a Cristo.

Por eso, el mensaje profético de la Iglesia nunca debe separarse de la cruz. El pastor que predica el juicio debe señalar inmediatamente al Cordero. El maestro que enseña sobre el infierno debe mostrar con claridad dónde cayó la condenación para los que creen. El evangelista que advierte sobre la eternidad debe extender la invitación a la reconciliación. Sin la cruz, la advertencia se transforma en condena. Con la cruz, la advertencia se transforma en misericordia.

Sin embargo, debemos reconocer que este tipo de Iglesia será incomprendida, porque ciertamente es incómoda para la sociedad. Algunos la acusarán de intolerante. Otros la considerarán anticuada. Otros la tildarán de fundamentalista. Pero la Iglesia no busca la aprobación del mundo. Busca la aprobación de su Señor. Y un día, el mismo Cristo que le encomendó predicar el Evangelio juzgará su fidelidad. En ese día, no será evaluada por su popularidad, sino por su obediencia.

La Iglesia que ama lo suficiente como para advertir también debe prepararse para el sufrimiento. No todos recibirán bien el mensaje. Algunos se irritarán. Otros responderán con hostilidad. Jesús dijo que el mundo odiaría a Sus discípulos, no porque fueran malvados, sino porque no eran del mundo (**Juan 15:19**). Pero ese rechazo no debe apagar la voz profética de la Iglesia. Debe, por el contrario, purificar sus motivaciones, profundizar su dependencia y fortalecer su fe.

Finalmente, la Iglesia debe recordar que no advierte sola. Cristo está con ella. Él prometió: ***“Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”*** (Mateo 28:20). El Espíritu Santo es quien convence. El Padre es quien atrae. Nosotros sólo somos instrumentos. No podemos salvar a nadie. No podemos producir arrepentimiento. No podemos abrir corazones. Pero podemos, y debemos, ser fieles en proclamar la verdad en amor.

Y así, en medio de un mundo que camina hacia la eternidad, la Iglesia permanece como un faro. No es perfecta. No es poderosa en sí misma. No está libre de debilidades. Pero tiene un mensaje eterno. Y el amor que ha recibido la impulsa a advertir.

Porque amar no es sólo abrazar. Amar también es advertir. Y la Iglesia que ama a Cristo... amará también a las almas lo suficiente como para decirles la verdad aunque pueda parecer incómoda u ofensiva, porque al final la verdad es el único acceso a la libertad.

***“Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él:
Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis
verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y
la verdad os hará libres.”***

Juan 8:31 y 32



Capítulo catorce

PREPARANDO A LA IGLESIA PARA ESTAR ANTE EL REY

“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.”

2 Timoteo 4:7 y 8

Llegamos al umbral de la eternidad. Después de meditar sobre la realidad del juicio, la gloria de la cruz, la urgencia del Evangelio y el llamado a advertir con amor, surge una pregunta ineludible: ¿cómo debe vivir la Iglesia sabiendo que un día comparecerá ante su Rey?

Porque la fe cristiana no es una doctrina abstracta colgada en los cielos; es una esperanza viva que transforma la manera en que caminamos cada día. La eternidad no es sólo un destino futuro; es una luz que ilumina el presente. Y esa luz llama a la Iglesia a vivir con temor santo, esperanza firme y obediencia amorosa.

La Escritura afirma que todos compareceremos ante el tribunal de Cristo (**Romanos 14:10**). Pablo añade: *“Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo”* (**2 Corintios 5:10**). Este tribunal no es para condenación de los creyentes, pues ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús (**Romanos 8:1**), pero sí es un tribunal de evaluación, de recompensa, de fuego purificador. Allí, la obra de nuestra vida será probada. Allí, lo que fue hecho para la gloria de Dios permanecerá. Lo que fue hecho para el yo, aun en nombre de la religión, se desvanecerá.

Esta verdad nos libera de dos extremos: del temor servil y de la ligereza irresponsable. No tememos como esclavos, porque nuestro Juez es nuestro Redentor. Pero tampoco vivimos en desenfreno espiritual, porque nuestra vida no nos pertenece. Hemos sido comprados por precio. Somos administradores de una gracia que no merecíamos. La eternidad nos recuerda que cada día, cada decisión, cada palabra, cada acto de amor, cada sacrificio oculto, cada oración silenciosa, tiene un peso eterno.

Preparar a la Iglesia para comparecer ante el Rey significa recordarle quién es ese Rey. No es un ídolo amable creado por nuestra imaginación. Es el Cristo glorificado que Juan contempló en Patmos: ojos como llama de fuego, voz como estruendo de muchas aguas, rostro como el sol cuando resplandece en su fuerza (**Apocalipsis 1:14 al 16**). El mismo

Jesús manso y humilde de corazón es ahora el Señor exaltado, a quien toda rodilla se doblará y toda lengua confesará como Señor (**Filipenses 2:10 y 11**). Verlo así produce reverencia. Y la reverencia produce santidad.

Pero la santidad no es perfeccionismo religioso. No es una máscara piadosa. No es orgullo espiritual. La santidad es amor a Dios por encima de todo, obediencia humilde, vida rendida. La Iglesia que espera al Rey vive buscando agradarle. No por obligación, sino por gratitud. No por miedo, sino por amor. Jesús dijo: ***“Si me amáis, guardad mis mandamientos”*** (**Juan 14:15**). El amor no anula la obediencia; la profundiza.

Lamentablemente, en nuestra generación se ha difundido una mentalidad liviana acerca de la fe. Muchos ven la gracia como una licencia, el discipulado como una opción, la santidad como algo secundario. Pero la Iglesia que se prepara para la eternidad vive con el corazón despierto. No se duerme espiritualmente. No se conforma al mundo. No se distrae con lo temporal. Camina sobria, vigilante, consciente de que el Señor puede venir en cualquier momento. Jesús nos llamó a velar (**Mateo 25:13**). Velar no es vivir con ansiedad, sino con propósito.

Prepararse para el Rey también implica examinar la motivación del corazón. No basta con hacer lo correcto; importa por qué lo hacemos. Pablo habló de obras que, aunque visibles, serán consumidas por el fuego del juicio porque su material era madera, heno y hojarasca (**1 Corintios**

3:12 al 15). Esto nos confronta. ¿Sirvo por amor a Cristo o por aprobación humana? ¿Predico por fidelidad o por vanagloria? ¿Busco consagración o reconocimiento? El tribunal de Cristo no premiará la performance pública, sino la obediencia secreta nacida del amor.

La Iglesia que vive a la luz de la eternidad también cultiva el temor del Señor. Este no es terror paralizante, sino reverencia profunda. Es reconocer que Dios es Dios... y nosotros no. Es vivir en conciencia de Su presencia. Es saber que nada queda oculto. Que cada palabra ociosa será considerada (Mateo 12:36). Que nuestros pasos están delante de Sus ojos. El temor del Señor nos guarda del pecado cuando nadie nos ve. Nos libra del doble discurso. Nos preserva de la hipocresía religiosa. Nos conduce a la integridad.

Pero junto al temor, la Iglesia cultiva esperanza. Porque el día del encuentro con el Rey no es sólo un día de evaluación; es un día de gloria. Es el día en que veremos Su rostro. El día en que la fe dará paso a la vista. El día en que toda lágrima será enjugada (**Apocalipsis 21:4**). El día en que seremos transformados a Su imagen plenamente.

El día en que escucharemos, por pura gracia: ***“Bien, buen siervo y fiel”*** (Mateo 25:21). Esta esperanza sostiene a los santos en medio de pruebas, persecuciones, dolor y soledad. La Iglesia que espera en Cristo no se desespera, porque sabe que sus sufrimientos presentes no son comparables con la gloria venidera (**Romanos 8:18**).

Preparar a la Iglesia para comparecer ante el Rey también significa llamarla a vivir en misión. Porque saber que la eternidad es real nos libra del egocentrismo espiritual. La Iglesia no existe para sí misma. Existe para la gloria de Dios y la salvación de los perdidos. Cada discípulo de Cristo es un testigo. Cada congregación es una lámpara. Cada ministerio es una embajada del Reino. La eternidad no nos encierra en misticismo introspectivo; nos envía al mundo con compasión ardiente.

Esto implica proclamar el Evangelio de manera clara, fiel, bíblica, cristocéntrica. No podemos permitir que el mensaje se diluya. No podemos suavizar la cruz. No podemos ocultar el arrepentimiento. No podemos eliminar el juicio. El mundo no necesita discursos de autoayuda espiritual; necesita el Evangelio que salva. Y la Iglesia que ama al Rey desea que muchos más lo conozcan antes de que Él regrese.

Sin embargo, la misión no reemplaza la adoración. La Iglesia que se prepara para la eternidad es, ante todo, una Iglesia adoradora. Vive en la presencia de Dios. Anhela Su rostro. Se deleita en Su Palabra. Busca al Espíritu Santo. No se conforma con programas vacíos o rutinas religiosas. Sabe que, sin la presencia de Dios, todo es ruido. Y que sólo los que contemplan al Rey hoy estarán listos para recibirlo mañana.

Prepararse para la eternidad también significa aprender a sufrir con esperanza. Jesús nunca prometió comodidad.

Dijo que en el mundo tendríamos aflicción (**Juan 16:33**). La Iglesia fiel experimentará oposición, rechazo, incomprensión. Pero sabe que sus lágrimas no son inútiles. Sabe que su fidelidad no es en vano. Sabe que el Señor recompensará aun un vaso de agua dado en Su nombre (**Mateo 10:42**). Esta certeza la sostiene cuando el camino se vuelve estrecho.

Hay, además, un aspecto comunitario profundo en esta preparación. Nadie se prepara solo. La Iglesia es cuerpo. Nos exhortamos unos a otros. Nos animamos unos a otros. Nos corregimos en amor. Nos levantamos cuando caemos. Oramos juntos. Lloramos juntos. Celebramos juntos. La preparación para el encuentro con Cristo incluye aprender a vivir como comunidad redimida, reflejando aquí, aunque de manera imperfecta, la comunión eterna de los santos.

Sin embargo, debemos reconocer con humildad que muchas veces la Iglesia ha perdido de vista la eternidad. Nos hemos distraído con la política, con el entretenimiento, con el éxito visible, con la competencia ministerial, con el ruido incesante de la cultura. Hemos corrido detrás de modas espirituales, estrategias humanas y mensajes diluidos. Y en medio de todo eso, el eco de la eternidad se ha ido apagando. Este capítulo es también una invitación al arrepentimiento eclesial. A volver a poner la mirada en las cosas de arriba (**Colosenses 3:2**). A recuperar el sentido de lo sagrado. A recordar que Cristo viene.

Porque vendrá. No sabemos el día ni la hora. Pero vendrá. Y Su venida será gloriosa. Todo ojo le verá. Los reinos temblarán. Las rodillas se doblarán. Las máscaras caerán. Las prioridades serán reveladas. Las obras serán probadas. Y los redimidos, lavados en Su sangre, entrarán a la plenitud del Reino preparado desde la fundación del mundo.

La pregunta, entonces, no es sólo doctrinal. Es profundamente personal: ¿estamos viviendo preparados? ¿Nos gobierna el temor del Señor? ¿Arde nuestro corazón en adoración? ¿Amamos la santidad? ¿Anhelamos a Cristo más que cualquier otra cosa? ¿Vivimos para Su gloria?

Preparar a la Iglesia para comparecer ante el Rey es preparar a cada corazón para amarle con amor incorruptible. No se trata de cultivar terror, sino devoción. No de formar creyentes perfeccionistas, sino fieles. No de construir religiosidad rígida, sino de encender vidas rendidas. Al final, la eternidad no es amenaza para nosotros, simplemente será nuestro hogar.

Mientras tanto, seguimos caminando. Seguimos sirviendo. Seguimos predicando. Seguimos esperando. Y levantamos nuestros ojos hacia Aquel que viene. ***“El Espíritu y la Esposa dicen: Ven” (Apocalipsis 22:17).*** Y la Iglesia responde con amor, con gozo, con esperanza y con reverente expectativa: ***“Sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:20).***

EPÍLOGO

“La última invitación del Reino”

***“Venid, adoremos y postrémonos;
Arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor.”***
Salmo 95:6

Después de recorrer el sendero solemne del juicio, de mirar al lago de fuego con reverencia temblorosa, de contemplar la cruz donde cayó nuestra condenación y de escuchar el llamado insistente del Evangelio, queda una voz que resuena por encima de todas las demás. No es la voz del miedo. No es la voz del legalismo. No es la voz de la condenación. Es la voz del Señor Jesús, el Hijo de Dios, el Cordero inmolado y resucitado. Esa voz sigue diciendo hoy, como en los caminos polvorientos de Galilea:

“Venid a mí...”
Mateo 11:28

Lo más sorprendente del juicio final no es su severidad, aunque lo es, ni su irrevocabilidad, aunque lo es, sino el hecho glorioso de que el mismo Dios que juzgará al mundo ha abierto un camino para evitar la condenación. Y ese camino no es una religión, ni un sistema moral, ni una filosofía espiritual. Ese camino es una Persona. El camino es Cristo (**Juan 14:6**).

Jesús no dijo: “Venid a la ley”. No dijo: “Venid a la doctrina correcta”. No dijo: “Venid a la ética cristiana”. Dijo: ***“Venid a mí”***. Porque al final de todo, el cristianismo no es una teoría sobre la eternidad, sino una relación viva con el Señor de la eternidad. No es simplemente escapar del infierno, sino ser reconciliados con Dios. No es sólo evitar la ira venidera, sino entrar en el gozo del Señor.

Mientras leemos sobre el juicio, nuestros corazones pueden sentir peso. Mientras meditamos en el infierno, podemos estremecernos. Mientras consideramos la santidad de Dios, podemos sentirnos indignos. Y en ese momento, Cristo se acerca, no con reproche, sino con ternura, y nos dice: ***“Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”***. Para nosotros, el Evangelio no termina en el trono blanco del juicio; culmina en los brazos abiertos del Salvador y ojalá así fuera para todos los seres humanos.

Entiendo perfectamente que eso no será así, pero ruego a Dios, que este libro haya contribuido, no solo a la edificación de la Iglesia, sino también a la fe para salvación de algunos. Analizar la eternidad y el juicio por el que todos pasaremos, puede parecer duro, pero es una verdad que nadie debería ignorar.

He pretendido recordar verdades que nuestra generación corre el riesgo de olvidar. El infierno es real. La condenación es justa. La eternidad es seria. Pero ninguna de estas verdades tiene como propósito encerrarnos en el miedo.

Su propósito es mostrarnos cuánto necesitamos a Cristo. Porque sin Él, el juicio es inevitable. Pero con Él, la salvación es segura.

“El que oye mi palabra y cree... tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, más ha pasado de muerte a vida”

Juan 5:24

Esa es la promesa. No para los perfectos. No para los religiosos. No para los que se creen justos, sino para los que fuimos alcanzados por la gracia, para los que caímos rendidos ante el Señor y Salvador Jesucristo. Es para los que nos rendimos, para los que hemos recibido la gracia de creer y ahora clamar para que otros también accedan al conocimiento de esta verdad. Es para todos los que en este mismo momento crean...

Aquí se revela la hermosura del Evangelio: el mismo Dios que juzga es el Dios que invita. El mismo Cristo que será Juez es hoy Salvador. El mismo Rey ante quien todos se doblarán en el futuro, hoy abre Su mesa y dice: ***“El que quiera, venga y tome del agua de la vida gratuitamente”*** (Apocalipsis 22:17). Gratuitamente... Pero no baratamente. Porque costó el sacrificio en la cruz del Calvario.

Por eso, la Iglesia no predica el infierno para aterrorizar. Predica la cruz para salvar. Y habla del juicio sólo para que nadie confunda silencio con seguridad. Lo hacemos porque amamos. Porque sabemos que hay esperanza. Porque creemos que todavía estamos en un tiempo de gracia.

Tal vez quien lee estas líneas haya vivido lejos de Dios. Tal vez ha jugado con el pecado. Tal vez ha escuchado el Evangelio mil veces, pero nunca se ha rendido realmente. Tal vez lucha con culpas, temores, heridas, contradicciones internas. Tal vez se siente indigno, roto, frágil. Si es así, la invitación no es a mejorar primero. No es a reformarse moralmente. No es a convertirse en religioso. La invitación sigue siendo la misma: *“Venir a Cristo...”*

Vengan con sus cadenas, con sus pecados, con orgullo, con miedo, con historias, como están, pero vengan... Y cuando vengan, no encontrarán un juez implacable esperándolos en la puerta. Encontrarán a un Salvador que ya pagó el precio, que ya llevó a juicio toda causa, que ya abrió el camino a la vida eterna. Un salvador lleno de amor, pero que también es Rey.

Él es el Rey de gloria, pero no apagará el pábilo que humea. No quebrará la caña cascada. No rechazará al corazón contrito y humillado. Él es el único que puede dar vida, porque Él es la vida misma. Él es el único que puede dar eternidad, porque Él es el Eterno. Él es el único que puede dar justicia, porque es el único Justo y aun está llamando a los perdidos: *“Vengan a Mí...”*

Y para la Iglesia, esa Esposa peregrina en la historia, este libro es también una llamada. No a la dureza. No al fanatismo. No al orgullo espiritual. Sino a la fidelidad amorosa. A predicar todo el consejo de Dios. A advertir con

lágrimas. A vivir en santidad. A amar a Cristo por encima de todo. A esperar Su venida con gozo reverente.

Un día, quizás más pronto de lo que imaginamos, la voz que ahora invita dirá con autoridad real: ***“Ven, bendito de mi Padre, hereda el reino preparado para ti desde la fundación del mundo”*** (Mateo 25:34). Ese será el día más glorioso de la historia. El día en que la fe terminará. El día en que la esperanza se cumplirá. El día en que la Iglesia verá al Rey cara a cara.

Y allí, en ese instante eterno, descubriremos que toda advertencia fue amor. Que toda exhortación fue gracia. Que toda lágrima derramada por el Evangelio fue preciosa. Que Jesucristo fue, es y será siempre suficiente. Hasta ese día, seguimos caminando, predicando, llorando, amando, sirviendo, esperando y creyendo en todo lo perfecto que llegará en la venida de Cristo, y repetimos una y otra vez, junto al Espíritu y la Esposa: ***“Ven...”***

Porque al final de todo, más allá del juicio, más allá del dolor, más allá del pecado, más allá del tiempo, permanece una invitación eterna, pronunciada por labios atravesados por clavos: ***“Venid a mí...”*** y ese llamado sigue vigente... Ruego a Dios que muchos puedan escucharlo...

“En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.”

Hechos 4:12

Si al leer estas páginas han comprendido que necesitan ser reconciliados con Dios, si el Espíritu Santo les ha mostrado sus pecados y también les ha revelado la grandeza del amor de Cristo, quiero invitarlos a orar. Esta oración no es una fórmula. No es magia. Es abrir el corazón al Señor Jesús, creyendo en Su obra en la cruz y rindiéndole la vida. Esto es algo que solo Dios sabe muy bien si se produce o no. La salvación es un milagro maravilloso y ruego que alguien en este momento pueda estar experimentándolo.

Pueden orar así, con sinceridad:

Señor Jesús, hoy vengo a Ti tal como soy...

Reconozco que he pecado, que te he dado la espalda, que he vivido lejos de Tu voluntad...

Confieso que soy pecador y que necesito Tu perdón...

Creo que en la cruz cargaste mi condenación, que recibiste el castigo que yo merecía, y que Tu sangre fue derramada por mí...

Creo que resucitaste al tercer día y que eres el Señor vivo y verdadero...

Hoy, delante de Ti, me arrepiento de mis pecados, renuncio a mi vida de oscuridad, y me rindo completamente a Tu Señorío...

Te entrego mi corazón, mi mente, mi voluntad, mi pasado, mi presente y mi eternidad...

Te pido, Señor: límpiame, perdóname, restáurame, hazme nueva criatura por Tu Espíritu Santo...

Escribe mi nombre en el libro de la vida. Hazme Tu hijo por Tu gracia. Desde hoy quiero seguirte, amarte, servirte,

obedecerte, y vivir para Tu gloria, hasta el día en que esté contigo para siempre...

Gracias por recibirme.

Gracias por salvarme.

Gracias por Tu cruz.

Gracias por Tu amor eterno.

En el nombre de Jesús.

¡Amén!

Si han orado con fe, confiando en Cristo y arrepintiéndose de corazón, descansen en Su promesa: ***“El que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:37)*** Y también: ***“Mas a todos los que le recibieron... les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12).***

Ahora comiencen el camino del discipulado. Esta decisión los proyecta para el final, pero solo es el comienzo. Busquen una congregación que predique Reino. Lean la Palabra cada día. Oren con sencillez. Caminen en santidad, y nunca se suelten de Cristo, porque Él nunca los dejará, ni los desampará...

“he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.”

Mateo 28:20



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

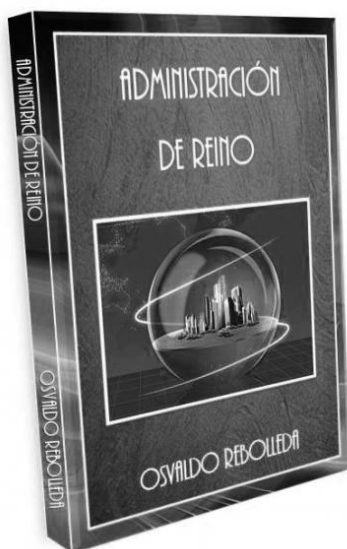
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

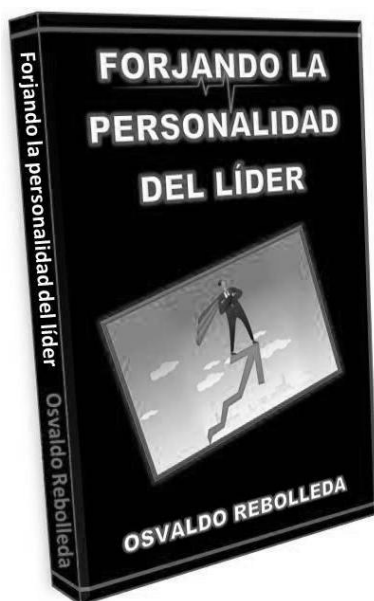
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

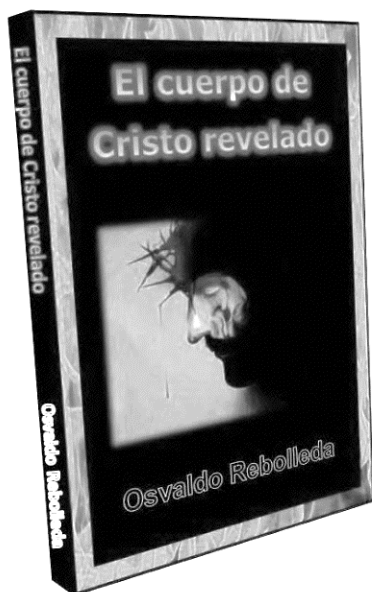
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

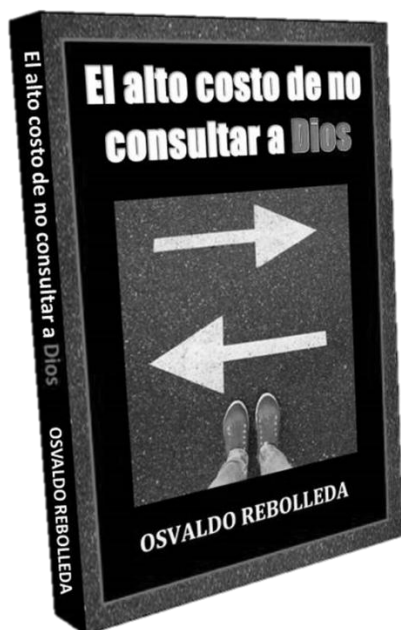


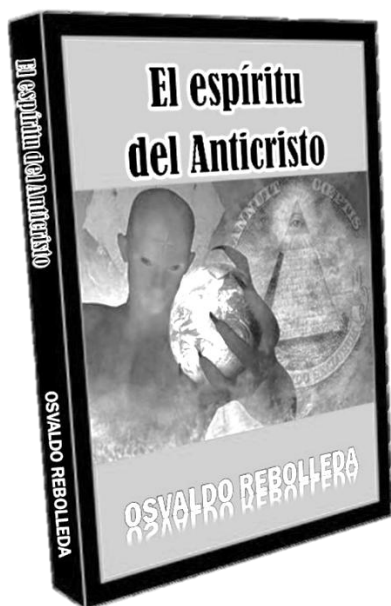
www.osvaldorebolleda.com



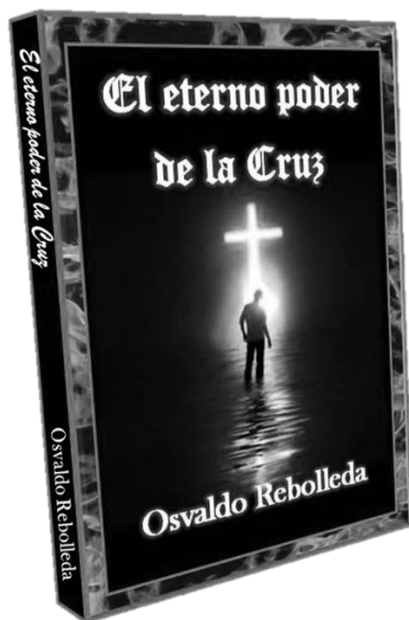
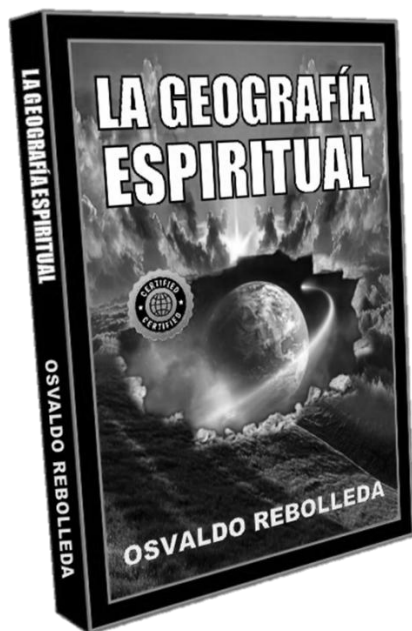


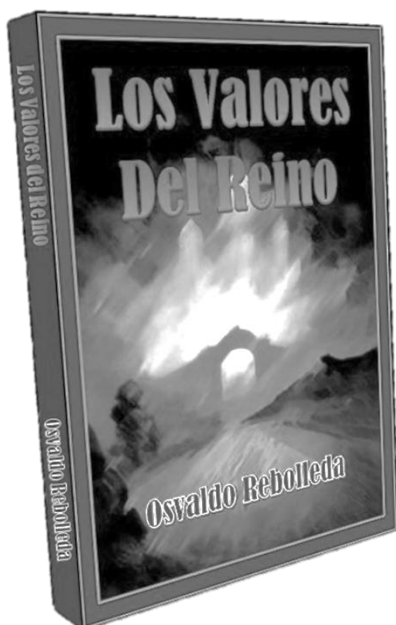
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

